

SERAFIN J. GARCIA

# **RAIZ y ALA**

(ROMANCES)

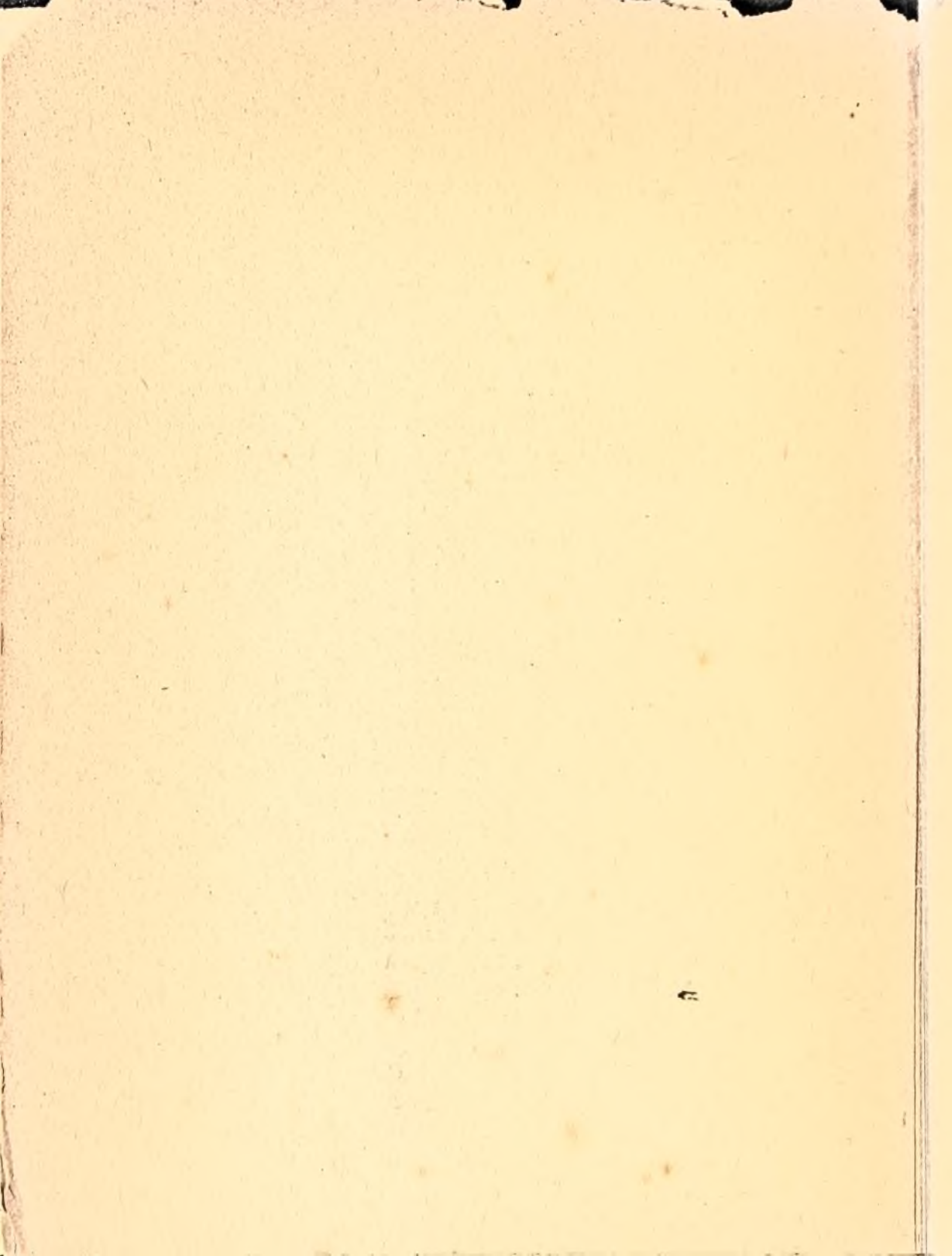
SERAFIN J. GARCIA es un nombre señero en la literatura uruguaya. Nacido en "Cañada Grande" (Depto. de Treinta y Tres), tuvo una infancia y adolescencia que lo enraizaron a las costumbres, la psicología y el lenguaje del hombre del campo.

La absorción de aquel ambiente, con la transida realidad de sus moradores, se troqueló por este vigoroso escritor, a través de una sensibilidad e intuición profundamente incisivas, en la poesía más renovadora y revolucionaria que ostentara un poeta nacional. Esa experiencia lírica, contenida en su *Tacuruses*, ubicó a Serafín J. García en el lugar de mayor privilegio literario y su mensaje de rebelde, humanísima reivindicación social, sacudió la conciencia poética de América. A partir de entonces, las obras sucesivas de Serafín J. García, llegan también a consagrarse de inmediato, a consolidar la auténtica calidad emotiva y superior de su arte.

Su romancero *Tierra Amarga*, y sus libros de cuentos, publicados bajo los títulos de *En carne viva*, *Burbujas*, *Ba-*

Ramirez to Cortes.  
Durango, June 6/95

\$ 150 -





SERAFIN J. GARCIA

# RAIZ Y ALA

(ROMANCES)



En edición especial, se han impreso dos ejemplares (fuera de comercio), en papel Pluma Holande, y cincuenta ejemplares en papel Offset Selectet, numerados y firmados por el autor.

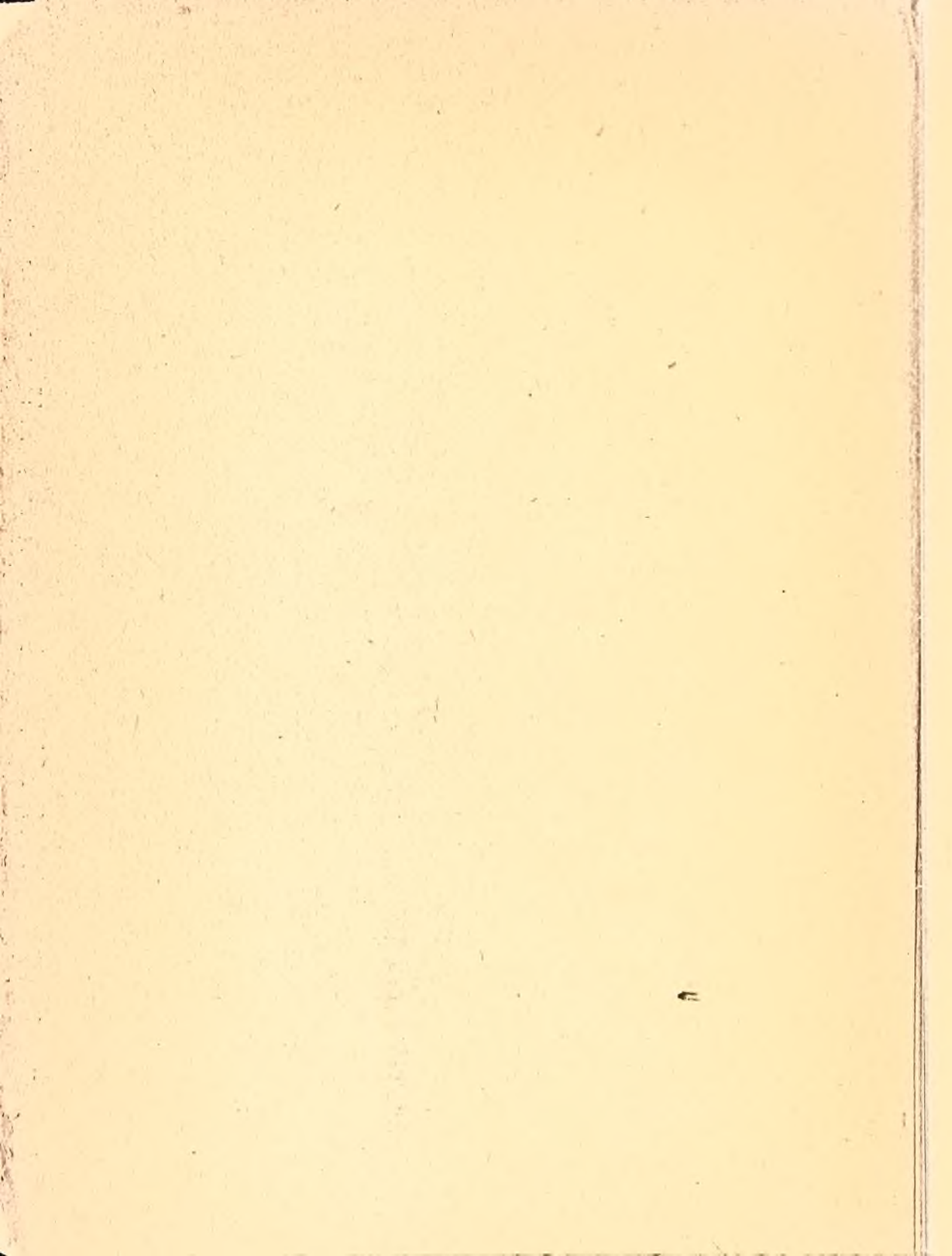
DEL MISMO AUTOR:

**TACURUSES** (Poemas Gouchescos), 1936 (Seis Ediciones).  
**EN CARNE VIVA** (Cuentos), 1937 (Dos Ediciones). Agotado.  
**TIERRA AMARGA** (Romances), 1938 (Dos Ediciones).  
**BURBUJAS** (Cuentos), 1940 (Tres Ediciones).  
**BARRO Y SOL** (Cuentos), 1941. Agotado.  
**PANORAMA DE LA POESIA NATIVISTA DEL URUGUAY**, (1941).  
**PANORAMA DEL CUENTO NATIVISTA DEL URUGUAY**, (1943).  
**ASFALTO** (Cuentos), 1944.

PROXIMO A APARECER:

**LAS AVENTURAS DE JUAN EL ZORRO** (Fábulas Criollas).

**NUEVOS ROMANCES  
DE LA  
TIERRA AMARGA**





## ROMANCE PARA UN RETORNO

Otra vez, mi tierra amarga,  
están tu amor y tu pena  
cantándome en la alegría,  
doliéndome en la tristeza.  
Otra vez percibo tu alma  
boyando en las noches quietas,  
y la huelo en la fragancia  
de las mañanas abiertas.  
Otra vez viajo en tus vientos  
y sueño en tus rojas siestas,  
y el gris tambor de tus lluvias  
en el pecho me resuena.

Heme de nuevo contigo,  
tierra de la pena vieja

y la empinada esperanza  
siempre joven, siempre enhiesta.  
Heme de nuevo buscando  
tu lacerada inocencia  
a través de los hurraños  
silencios con que la cercas.  
Heme de nuevo avivando  
en tu amor mi brasa terca,  
que por de tí sustentarse  
no es brasa ya, sino estrella.

Tierra, mi tierra nativa,  
otra vez mi canto llega  
a sangrar con tus heridas  
y a soñar con tus leyendas.  
Otra vez caldea mis huesos  
el resol de tu presencia  
y por mis venas discurre  
tu cordial llama morena.  
Otra vez está conmigo  
tu palabra señuelera,  
hecha guitarra en mis noches  
y en mis mañanas espuela,

aguijón en mi esperanza  
y cuchillo en mi protesta.

Tierra de los hombres hoscos,  
frustrados por la miseria;  
de aquellos que te trabajan  
con dolor la vida entera,  
soñándote siempre propia,  
sabiéndote siempre ajena  
aunque sus manos te vivan  
callo a callo, grieta a grieta,  
y que recién con sus huesos,  
al morir, te recuperan.

Tierra de los niños tristes  
y de las mujeres serias,  
la del amor silencioso  
y la risa prisionera:  
yo que vengo de tu entraña  
tan herida, tan maltrecha,  
que te entiendo aunque te calles,  
que te quiero aunque me duelas,



que te sufro en esta brasa  
pertinaz de mi conciencia  
—esta brasa que al nutrirse  
de tu amor deviene estrella—,  
vuelvo a tí mi voz perdida  
—que al tocarte se reencuentra—,  
y de nuevo, con palabras  
como tú, llanas y abiertas,  
te la ofrezco en estos versos  
de esperanza y de protesta.



ROMANCE PARA LA MUERTE  
DE JUAN MONTIEL

I

En la comba azul del cielo  
su plata encienden los astros  
mientras el aire se criba  
de tercos sapos metálicos.  
Entre dos altas barrancas  
que embarban ásperos pastos  
gime la voz del arroyo  
taciturno y desvelado.  
Y el frío muerde y remuerde  
la dura noche de mayo  
y va erizando de vidrios  
el mudo timbal del campo.

En el zanjón, los seis hombres  
hunden su acecho callado,  
bajo los tules que el sueño  
roncero va desplegando.  
Las seis carabinas fingen  
seis negros juncos quebrados  
que miran con ojos huecos  
el discurrir de los astros.  
Su hierro duele un macizo  
dolor en las doce manos  
que de la muerte allí guardan  
la voz y el azul relámpago.

¿A quién acechan los hombres,  
ciego en la boca el cigarro,  
hondo el invierno en los huesos  
y oblicua el arma en los brazos?  
¿Qué sangre vendrá al encuentro  
de los cañones helados  
donde la pólvora esconde  
su flor de pétalos cárdenos?

¡Ah, cómo cansa esperar  
en dura noche de mayo  
un pecho en que pueda el plomo  
guardar su trágico canto!  
¡Cómo se alarga el silencio  
de doce labios sellados  
bajo una atmósfera vítrea  
y agujereada de sapos!  
Densas de escarcha, las horas  
transitan con paso tarde,  
en el alto cielo tiembla  
la soledad de los astros;  
y en el zanjón, los seis hombres  
hunden su acecho letárgico.

¡Ah, cómo cansa esperar,  
noche afuera y sin resguardo,  
con carabinas que duelen  
glacial dolor en las manos!



## II

Lejanos cascos golpean  
el sordo timbal del campo,  
donde el espectro del frío  
sus vidrios sigue sembrando.

Juan Montiel, contrabandista  
de dos cargueros escuálidos,  
un winchester herrumbroso  
y un viejo coraje gaucho,  
trae el rigor de la noche  
mordiéndole el rostro amargo,  
donde las penas y el tiempo  
su larga historia han grabado.

Es duro contrabandear  
cuando el cabello está blanco  
y en sus antiguos canales  
anda la sangre lardeando.



Pero hay quien no tiene tierra  
donde clavar el arado,  
y al pan esquivo del hombre  
de algún modo hay que ganarlo.

Así piensa Juan Montiel,  
curvo de sueño y cansancio,  
mientras va abriendo la noche  
al tranco de su caballo.

### III

La bronca pólvora enciende  
sulfúricos fogonazos  
y en los cristales del frío  
rompen su voz seis disparos.  
El miedo apaga en las charcas  
todos los sapos metálicos.  
Arriba, sigue la plata  
de los astros tiritando.

Son muchos hombres seis hombres  
en un zanjón emboscados,  
contra uno solo, que viene  
la noche hostil empujando.  
Son muchas seis carabinas  
de ágil relámpago cárdeno,  
para la tarda respuesta  
de un winchester herrumbrado.

«¡Ay, Juan Montiel! ¿De qué sirve  
tu pobre coraje gaucho?»,  
parece gemir el agua  
del arroyo desvelado.

#### IV

En la comba gris del cielo  
su plata apagan los astros,  
y el alba de pico en pico  
se van pasando los gallos.



## ROMANCE DEL NIÑO SOLO

### I

La madre se fué al arroyo  
cuando del cielo acerado  
en el centro relucía  
el duro sol de verano.  
Las vocingleras cotorras  
iban entonces, verdeando,  
a desnudar las espigas  
de los maizales lejanos.  
Y un mangangá zumbador,  
de rubio polen colmado,  
trazaba círculos de oro  
en torno al hocén del rancho.

Dentro de un alto cajón  
—cuna y cárcel— encerrado,  
con un marlo y cuatro huesos  
el niño quedó jugando.

Ya el cielo se pone malva  
y el gordo sol colorado  
toca del campo la orilla,  
su ardiente viaje finando.  
Hacia sus ríspidos nidos  
en el palmar enclavados  
las verdes aves rapaces  
ya vuelven, estridulando.  
Y el rondador mangangá  
—fragante a campo y verano—,  
del seco horcón en la entraña  
polen y zumbo ha guardado.  
Pero la madre, ¡ay!, la madre  
no torna al mísero rancho.

Muy pronto estarán los grillos  
—los finos grillos noctámbulos—  
con su esmeril invisible  
la sobretarde gastando.

Muy pronto darán al aire  
su amargo aliento los cardos,  
y de los tiernos llantenes  
andaré el alma flotando.

Y lampareros cocuyos  
se encenderán en el campo,  
y apagará sus tizones  
el gran fogón del Ocaso.

¿Por qué la madre, ¡ay!, la madre,  
al rancho no ha retornado?

Para la pena o el miedo  
tres años son pocos años,  
por eso miedo ni pena  
siente el niño solitario.  
Pero sí son muchas horas  
seis horas dentro de un rancho,  
sin jugar con más juguetes  
que cuatro huesos y un marlo,  
sin de más alimentarse  
que de duro pan escaso.



El niño mira y remira  
hacia un lado y otro lado,  
buscando manos que enjuguen  
el llanto que está llorando,  
visiones buscando, nuevas,  
que asombren sus ojos cándidos.  
Mas sólo ve la penumbra  
su soledad empañando.



## II

Con pasos de terciopelo  
entra la noche en el rancho,  
niño, cajón y juguetes  
en tibia sombra anegando.  
Las chispas de las luciérnagas  
hacen yesquerear el campo  
—tierno de verdes llantenes,  
lijado de grillos ásperos—,  
y las lágrimas del niño  
solitas se van secando  
mientras sus ojos recorren  
caminos maravillados.

¡Ay, cómo pudo salir  
si el cajón era tan alto?  
¿Qué buscan sus extendidos  
bracitos fuera del rancho?

¡Eh, tú, lunaza redonda,  
luna de azafrán tostado,  
que a matar vienes las chispas  
que da el yesquero del campo:  
ciega tu antorcha amarilla  
que al niño solo ha tentado,  
mintiendo un nuevo juguete  
para el afán de sus manos!

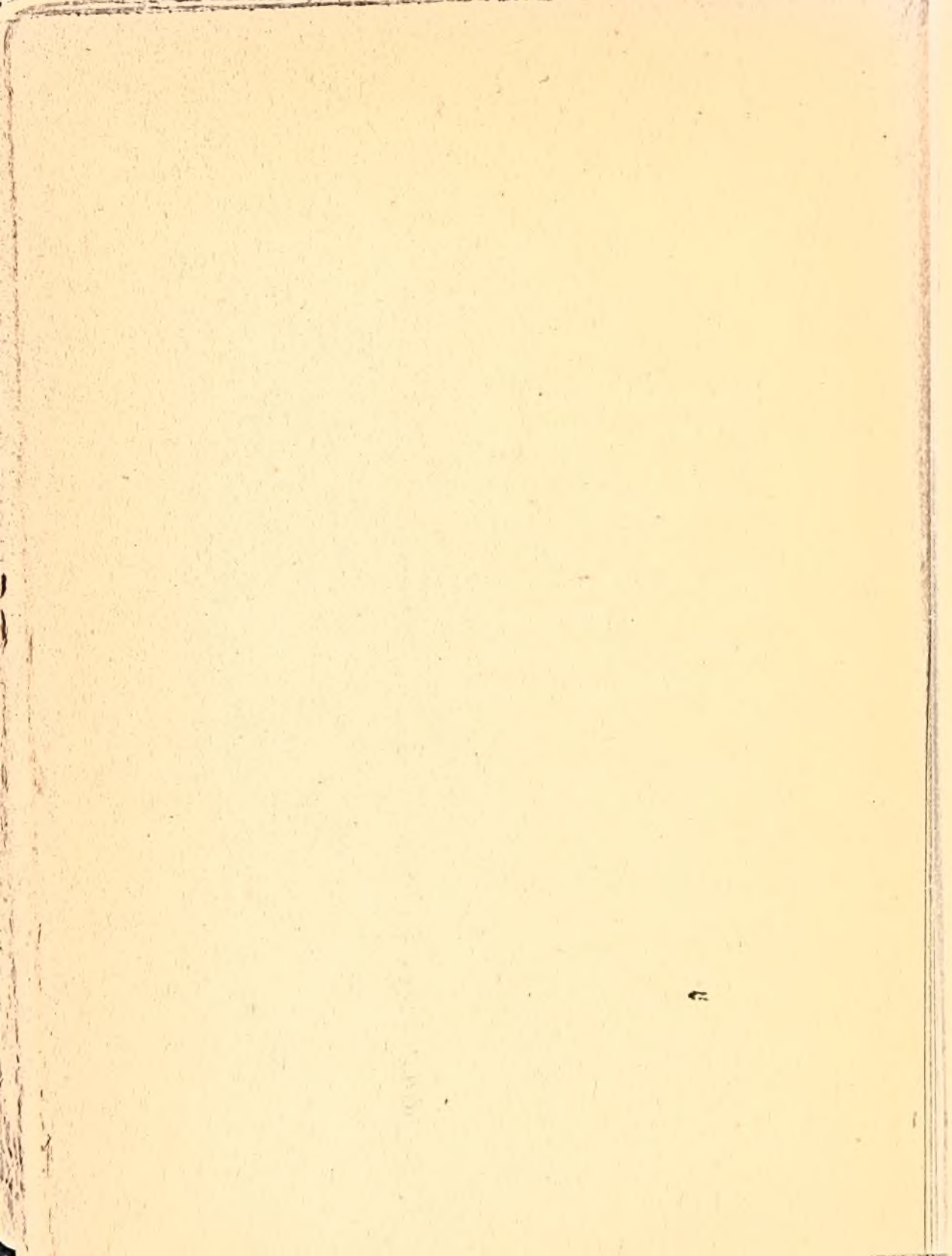
Por su caminos de asombro  
noche y candor le han llevado.  
¡Ah, qué pequeño es un niño  
en la inmensidad del campo!

### III

De un viejo sauce llorón  
debajo del verde llanto,  
está el arroyo lamiendo  
el materno sueño pálido.

¡Ay, no se lo cuentes, luna,  
luna de azafrán tostado,  
al niño que por caminos  
de asombro te va buscando!





## ROMANCE PARA UN CAMINO

Camino real de mi pueblo,  
camino, viejo camino  
que te llevabas mis sueños  
hacia mundos nunca vistos.  
¿Dónde están aquellas horas  
que juntos los dos vivimos,  
silencio contra silencio,  
bajo cielos comprensivos;  
tierra tú, también yo tierra,  
tú tan viejo, yo tan niño,  
tú cargado de respuestas,  
yo de preguntas henchido,  
pero los dos igualados  
por idéntico mutismo?

¿En qué alforja guarda el tiempo  
la luz de aquellos domingos  
llenos de paz campesina,  
tan callados, tan sencillos,  
en que tú y yo, sin movernos,  
todo el mundo recorrimos  
huyendo del pueblo triste,  
denso de tedio y olvido,  
donde la noria del tiempo  
giraba con lerdo ritmo  
y la vida transcurría  
sin razón y sin sentido?

¿Tras qué horizontes anclaron  
aquellos vientos amigos  
que de tan lejos venían,  
tantas cosas a decirnos,  
y que a los dos — sueño y polvo,  
polvo y sueño — confundidos  
en sus alas nos llevaban  
por el espacio infinito?

Camino real de mi pueblo,  
camino, viejo camino



que mi memoria repite  
bache a bache, guijo a guijo:  
hoy va mi canto a buscarte  
sabiendo que eres distinto,  
que aquella tu alma de entonces  
no está más, ya se ha perdido,  
y esperando sin embargo  
reencontrarla desde el niño  
que a la orilla de mi tiempo  
por la vida va conmigo,  
candoroso como antaño,  
como antaño sensitivo,  
salvando de cada muerte  
los dulces sueños antiguos,  
restaño mis heridas  
con sus óleos de optimismo,  
y a mi ser restituyendo  
la verdad de su destino.

Cierro los ojos y veo  
tus repechos, tus bajíos,  
y oigo otra vez tu llamado,  
siempre nuevo y siempre el mismo.

Y fulgen los viejos soles  
sobre tu lomo sufrido,  
y las viejas lluvias vuelven  
a platearte de arroyitos.  
Los rudos hombres de entonces  
te andan con paso cansino,  
iguales en su tristeza,  
iguales en su mutismo;  
y va con ellos la historia  
de aquel dolor campesino  
que muere con cada muerto  
pero que siempre está vivo.

Desvencijadas carretas  
llevan y traen su chirrido,  
detrás de los bueyes tardos,  
abúlicos y sumisos.  
Truena el fragor de las tropas  
en tu suelo estremecido,  
mugén su miedo las reses,  
silban los hombres su hastío,  
y el aire juega a las nubes  
con tu polvo blanquecino.

Cierro los ojos y veo  
la llama de tus estíos  
y la romántica niebla  
de tus inviernos plomizos.  
Vuelven a pasar jinetes  
sin cantos, de ojos esquivos,  
rumiando viejos pesares,  
tan viejos como ellos mismos.  
Chacreros de mancs rotas,  
carboneros renegridos,  
míseros peones de estancia,  
caminantes sin destino;  
todos color intemperic,  
todos hoscos y sombríos,  
y todos, ¡ay!, solitarios  
y en sí mismos sumergidos.

Retornan las diligencias,  
hartas de leguas y trillos,  
con esa melancolía  
de quien ya todo lo ha visto;  
muy tiesos en el pescante  
los mayores ectrines,

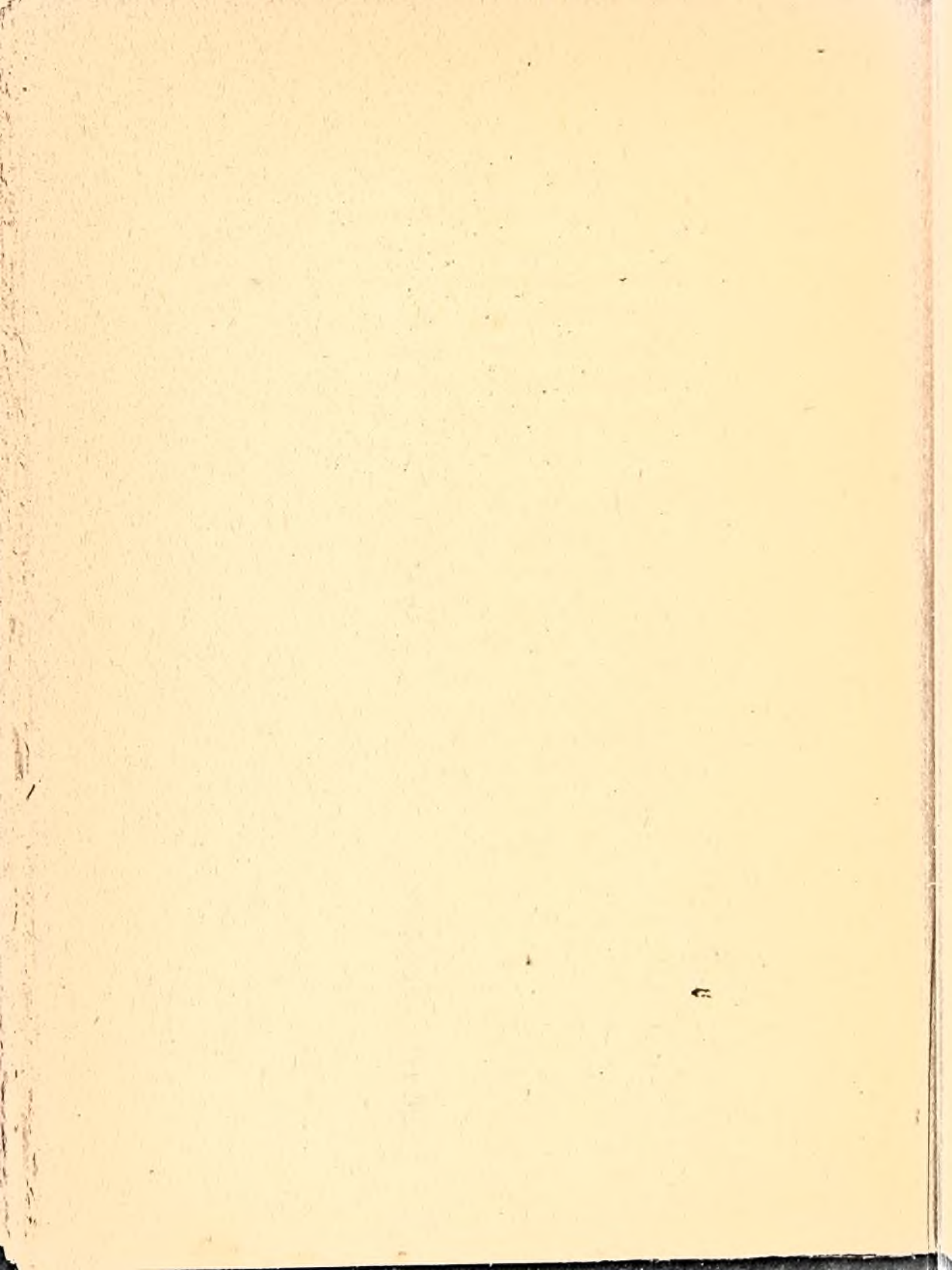


gauchos de rostro inmutable,  
como tallado en granito,  
y mirar siempre lejano,  
enigmático, huidizo,  
quién sabe en qué recoveco  
del amplio mundo perdido...

Camino real de mi pueblo,  
tan humilde y tan sencillo  
como los hombres que andaban  
sobre tu lomo sufrido.  
Cancha de todos mis sueños,  
cambiante sueño tú mismo,  
según qué rostro tuvieran  
los horizontes ariscos.

Camino que caminaron  
con amor mis pies de niño  
y que aprendió mi memoria  
bache a bache, guijo a guijo:  
sé que hoy son otros los pasos  
que te transitan, cansinos,

otros los rostros amargos  
y otros también los mutismos  
que tú recoges y guardas,  
solidario y comprensivo,  
sabiendo que son iguales  
a los de entonces, amigo;  
que tu historia no ha cambiado  
ni ha cambiado tu destino,  
pues si son otros los hombres  
el dolor es siempre el mismo.





ROMANCE PARA EL VELORIO  
DE JUAN SIN TIERRA

Sobre una mesa lunanca  
—pequeña para su cuerpo—  
yace, sin flores ni cruces,  
Juan sin Tierra, chacarero  
que roturó muchas chacras  
—todas en campos ajenos—  
y sembró leguas de trigo  
que sus hijos no comieron.  
Mañana lo llevarán  
en el carrito de pértigo.

Tras medio siglo de arado  
yace el áspero labriego,

hielo en las manos raizadas,  
vidrio en los ojos abiertos,  
ceniza de años y penas  
en los hirsutos cabellos.

Seis viejos ensimismados  
y cuatro velas de sebo,  
con puchos y con pabilos  
están ahumándole el sueño.  
Tras el biombo de arpillera  
que parte en dos el ranchejo,  
junto a los hijos que duermen  
sobresaltados y trémulos,  
llora su llanto sin ruido  
la compañera del muerto.

Ningún velorio tan triste  
como el velorio de un viejo  
velado en noche de junio,  
sin mate amargo ni fuego.  
Se hacen de plomo las horas,  
se vuelve duro el silencio,

y arando penas se mella  
la reja del pensamiento.

Los seis ancianos que velan  
que son —los seis— chacareros,  
tienen las manos raizadas  
como las manos del muerto.  
La luz de las cuatro velas  
tiritita en sus rostros secos  
y en las bermejas hilachas  
de sus ojos aguachentos.

Es triste velar un hombre  
en un rancho tan estrecho,  
con grietas por las que asoma  
su torva cara el invierno.  
Por eso los veladores,  
ansiendo entrar al día nuevo,  
su mudo velar alternan  
con el atisbo del cielo,  
donde una luna de escarcha  
cuaja su lumbre y su tedio.

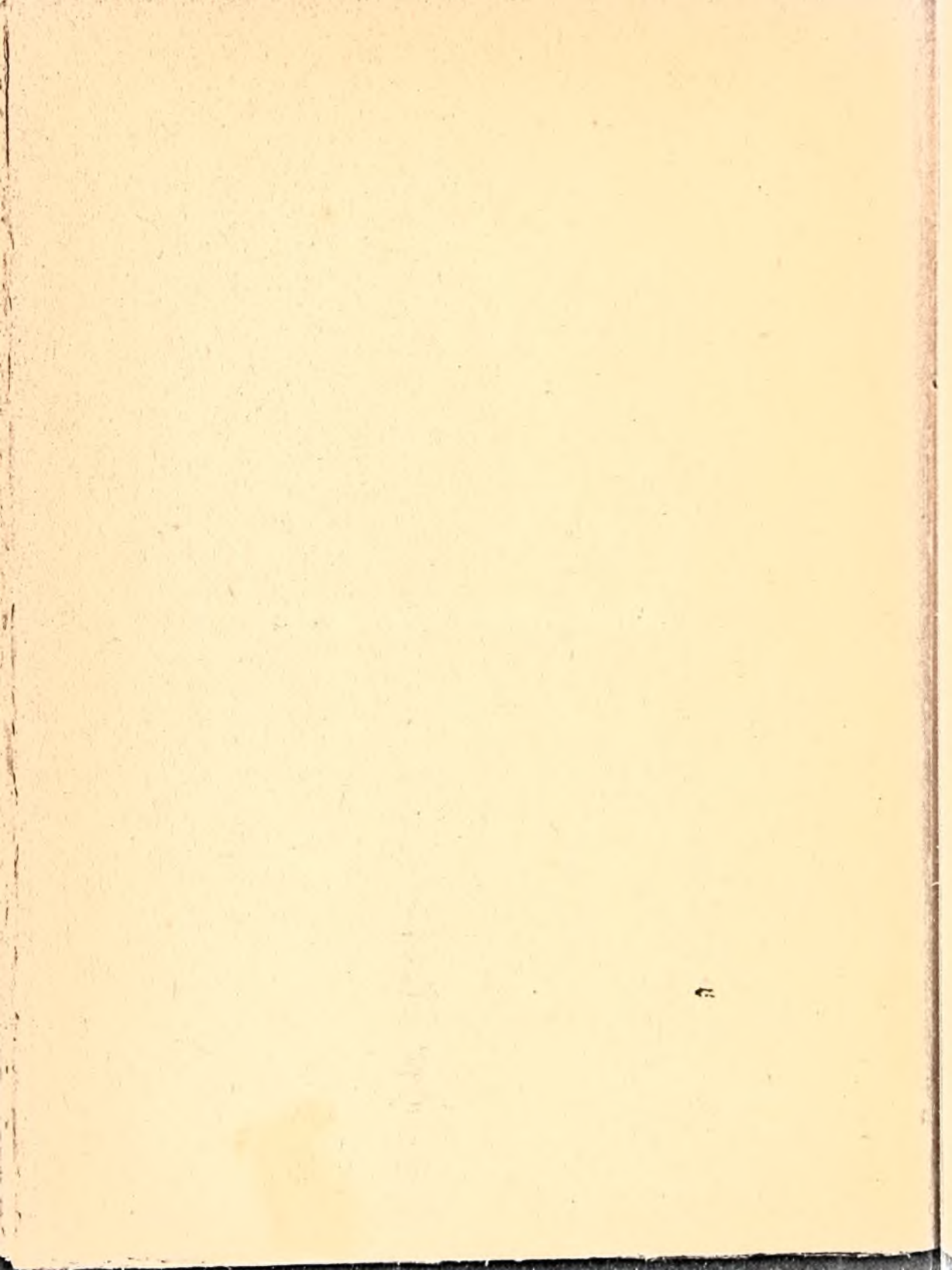


¡Cómo se alarga la noche  
cuando hay que velar un muerto  
en rancho de palo a pique,  
sin mate amargo ni fuego!

Las cuatro trémulas velas  
lloran su llanto de sebo,  
mientras azulan el aire  
los puchos de los seis viejos.

Mañana lo llevarán  
en el carrito de pértigo,  
con el gemido del eje  
por todo acompañamiento.  
Y tras su media centuria  
de rejar campos ajenos,  
tendrá, ¡por fin!, tierra propia,  
Juan sin Tierra, el chacarero.

**ROMANCES VOLANDEROS**





## ROMANCE DE LA LUNA ROJA

### I

Por un cielo de tormenta  
la luna roja resbala,  
con nimbo de azufre y cloro  
su faz de bruja nimbada.  
Desde la noche sin grillos  
le chistan lechuzas raudas;  
desde los ranchos sin sueño  
miedosos perros le ladran;  
y las viejas se santiguan  
al verla tan colorada,  
pues luna con sangre es luna  
que trae segura desgracia.

¡Ay, que se ha puesto la noche  
como para cosa mala  
con ese viento chiflón  
que le sopla las entrañas!

Las chacareras encogen  
el cuerpo bajo las sábanas  
y aprietan los duros muslos  
entre las duras enaguas;  
que luna con sangre es luna  
que trae segura desgracia,  
y es siempre en moza doncella  
que el maleficio descarga.

¡Ah, quién pudiera velar  
hasta la margen del alba,  
el pensamiento y las manos  
trabaja que te trabaja  
—devanando aquél leyendas  
y éstas devanando lana—,  
mientras las brasas se azulan  
y llora el candil de grasa!

Pero hay que arar mucha tierra  
mañana por la mañana,  
y ya en los ojos el sueño  
pesa y pesa, llama y llama...

¡Ojalá la luna roja  
lleve lejos la desgracia!



## II

Noche de un jueves cualquiera,  
noche de media semana,  
nunca fué noche de juerga  
donde la gente trabaja.

¿Qué música, pues, es esa  
que el viento chiflón arrastra  
tierra abajo, tierra arriba,  
por los huertos y las chacras?  
¿Qué dedos serán los dedos  
que están tañendo guitarras?  
¿Qué voz la voz pachorrienta  
que canta esa serenata?

Tal cosa nunca ha ocurrido  
a mitad de la semana,  
y no es ni martes ni viernes  
para pensar en fantasmas...

Aullidos tristes, retristes,  
conjuran la luna mala,  
la luna color de sangre  
que trae segura desgracia.  
Y el viento chiflón enfría  
su silbo en la madrugada,  
que viene llamando al surco  
con vieja voz de esperanza.

## VII

¡Mal haya la luna roja  
que nunca niega su fama!  
Anoche, a los Aguilar,  
les raptaron la Mangacha  
—moza seria entre las serias,  
moza entre las guapas guapa—  
mientras el viento chiflón  
paseaba una serenata.

¡Y no era martes ni viernes  
para pensar en fantasmas!



## ROMANCE DE LA MOZA ZARCA

### I

¡Qué pena, siendo, como es,  
la más bonita del pago!  
¡Qué pena nacer así,  
con ojos deshermanados!

Una de las dos pupilas  
es azul, de un azul raro,  
que a veces baja al celeste  
y a veces sube al morado,  
según del cielo el color,  
según el color del campo,  
según qué luces incidan  
en su cristal embrujado.

Y de un negror es la otra  
que de tan negro hace daño.  
Ninguna noche, ninguna  
lo tuvo así de compacto.

Hay quienes se lo comparan  
con el fruto del guayabo  
después que el sol lo madura  
y lo lavan los chubascos.

Cuenta una antigua leyenda  
que narran de rancho en rancho  
aquellos viejos más viejos  
—y por más viejos más sabios—,  
que moza que nace zarca  
se muere sin ir al tálamo.  
Y añade la tal conseja  
que al varón enamorado  
de moza así, otro varón  
se asocia, tarde o temprano,  
pues dos corazones tiene  
quien tiene los ojos zarcos:  
uno que a Dios le responde  
y otro que responde al Diablo.

¡Qué pena nacer así,  
con ojos deshermanados!  
¡Qué pena, siendo, como es,  
la más bonita del pago!

## II

Dos novios tuvo la moza  
al trasponer los veinte años:  
el uno rubio, de un rubio  
de choclo recién barbado;  
y el otro, de tan moreno,  
casi con indio lindando.

Aquél, al ojo celeste  
matices dióle insoñados;  
y éste, a la pupila oscura,  
dulzor de panal en mayo.

Pero ¡ay!, galán y galán  
un domingo se encontraron,  
mirada y gesto cortantes,  
cortantes facón y labios;



y coagulándose al sol  
los dos su sangre dejaron,  
uno por la azul pupila  
y por la negra el contrario.

Desde entonces, nunca más  
llegó el amor hasta el rancho,  
donde la moza a dos muertos  
dicen que vive llorando:  
con el ojo azul al rubio  
y con el otro al aindiado,  
según los viejos más viejos  
y por más viejos más sabios.

Y así se le van los meses,  
y así se le van los años.  
Que a vestir santos se queda  
ya nadie duda en el pago.

¡Ah, qué desgracia nacer  
con ojos deshermanados!

ROMANCE PARA LA NIÑA DEL  
VIERNES TRECE

I

La pobre niña ha nacido  
al nacer un viernes trece.  
Quien nace en tal compañía  
no nace con buena suerte.  
Menos mal que está la luna  
en pleno cuarto creciente  
y en fase tal es propicia  
para amadrinar mujeres.

La dulce noche de pana  
con sueño redondo duerme,

que los cocuyos mareantes  
encienden y desencienden;  
sutiles grillos limeros  
liman sus bordes celestes  
y un buen aire de alhucemas  
la arrulla con su voz tenue.

¡Date prisa, comadrona,  
que está la luna en creciente  
y en fase tal es propicia  
para amadrinar mujeres!  
Pero ha de ser mientras sube  
y nunca cuando descende.

Repechando un limpio cielo  
de suave comba celeste,  
viajera de ruta fija  
viaja la luna en creciente.  
Ya al cenit está llegando,  
¡ay, niña del viernes trece:  
si pierdes su madrinazgo  
serás desdichada siempre!



## II

Desnuda como una estrella  
desde los pies a la frente  
—chumbos inciertos los ojos,  
los labios corales breves—,  
la niña de mal se limpia  
bajo la luna que asciende.  
¡Ah, cómo su boca busca  
pezones que la sustenten!  
¡Cómo, instintivas, sus manos  
por el aire van y vienen,  
en la avidez de exprimir  
el materno pecho ausente!  
¡Y cómo el aire le apaga  
la tierna aurora del vientre!

¡Date prisa, comadrona,  
mira que son trece veces  
las veces que hay que decir:  
«Luna, esta niña protege

del trece contra los males,  
contra los males del viernes!»

¡Date prisa, que a la niña  
el aire ya le florece  
corimbo de yertas lilas  
sobre la aurora del vientre!

¡Date mucha, mucha prisa,  
que está engrosando el relente  
y entre la noche de pana  
anda, roncera, la Muerte!

### III

Por décimotercia vez  
se elevó el rito oferente.  
¡Ya es ahijada de la luna  
la niña del viernes trece!  
Con un lienzo «sin pecar»  
hanle fajado ya el vientre,  
y envuelta en pañales tibios  
—de tibia franela muelle—,  
sobre el materno regazo  
ya el sueño primero duerme.

El borbollón de la sangre  
las yertas lilas disuelve.  
Entre el coral de los labios,  
tres blancas gotas de leche  
relumbran cual tres estrellas  
hechas de azúcar y nieve.



Por las laderas del cielo  
la astral madrina desciende.  
Y entre exorcismos de perros  
huye, chasqueada, la Muerte.

## ROMANCE DE ROSA CRUZ

### I

Rosa Cruz corre que corre  
por entre enanas carquejas  
que con sus tres fillos verdes  
el viento osado tajea.

Manos sin brazos la palpan,  
ojos sin cuencas la acechan,  
lenguas sin boca le escupen  
duras palabras sonderas,  
y hasta el silencio nocturno  
sobre su miedo resuena.

Cual si quisiera alcanzar  
la enorme luna de cera

que de la tierra y el cielo  
en el linde amarillea,  
así corre Rosa Cruz  
por un campo de carquejas,  
el corazón salto y salto,  
prisa y más prisa las piernas.

Un dormilón la precede  
girando en vuelos de seda,  
la sigue su larga sombra  
fantasmal, ágil y terca,  
y le castigan la grupa  
cual dos látigos sus trenzas.

«¿Adónde vas, Rosa Cruz?  
¿Qué fuerza oculta te fuerza  
a correr noche adelante,  
rumbo a esa luna de cera?»

Así le pregunta el campo  
con sus mil voces pequeñas.  
Rosa Cruz las oye a todas  
pero a ninguna contesta.



## II

«Cuando sople el Viento Norte  
y esté la luna bien llena,  
trae una prenda del mozo  
y tres varas de carqueja.  
Mas no olvides que ha de ser  
de seda blanca la prenda,  
y las carquejas, cortadas  
las tres con la mano izquierda».

Así le dijo una tarde  
la bruja a quien recurriera,  
y ella, esa extraña consigna  
cumpliendo al pie de la letra,  
corre y corre noche adentro  
rumbo al rancho de la vieja.

En sus dos chúcaros pechos  
un miedo chúcaro tiembla,

y en su grupa dura y firme  
las dos trenzas latiguean.

¡Ay, Rosa Cruz, Rosa Cruz!  
¡Si tu novio lo supiera!...

### III

Sobre el pañuelo impoluto  
que Rosa Cruz le presenta,  
la vieja bruja tres cruces  
traza con las tres carquejas.  
Una cruz, contra el olvido;  
otra cruz, contra la ausencia;  
y contra cualquier desliz  
del novio, la cruz tercera.  
Luego el siniestro anular  
de Rosa pincha en la yema,  
hasta que tres gotas rojas  
la blanca seda puntean;  
y en la sangre, los tres filos  
moja de las tres carquejas,  
para que de mal de amor  
a Rosa Cruz la protejan,  
todos los daños cortando,  
cortando todas las penas.



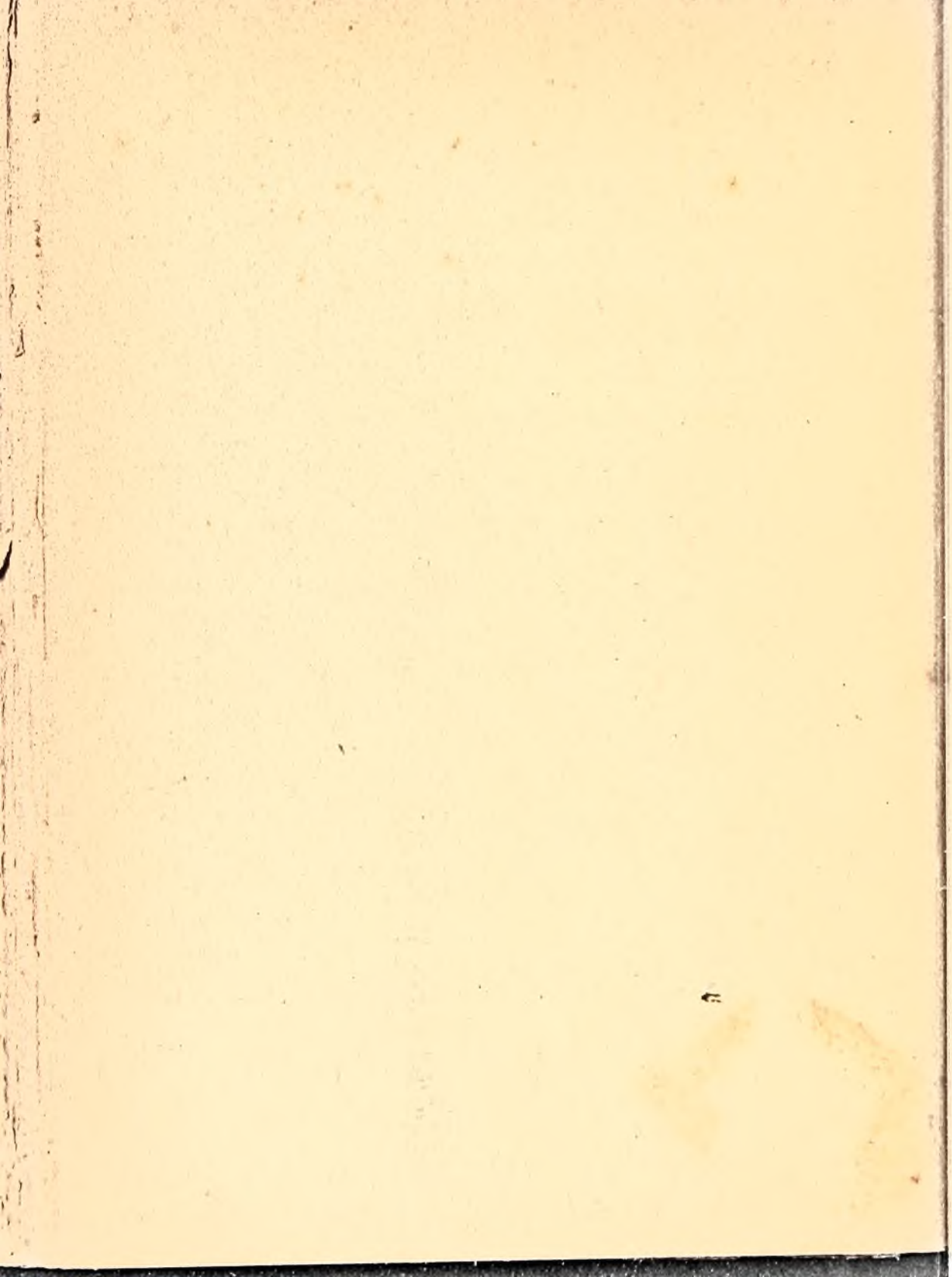
#### IV

Por el campo, corre y corre,  
Rosa Cruz vuelve contenta,  
pisando su breve sombra  
que huye de la luna llena.  
Entre los chúcaros pechos  
una gran «reliquia» lleva;  
Y en la «reliquia», tres trozos  
de las guardianas carquejas  
y el jirón de seda blanca  
que su sangre enrojeciera.

Las palabras de la bruja  
gozo adentro le resuenan,  
y hasta el campo las repite  
con sus mil voces pequeñas:

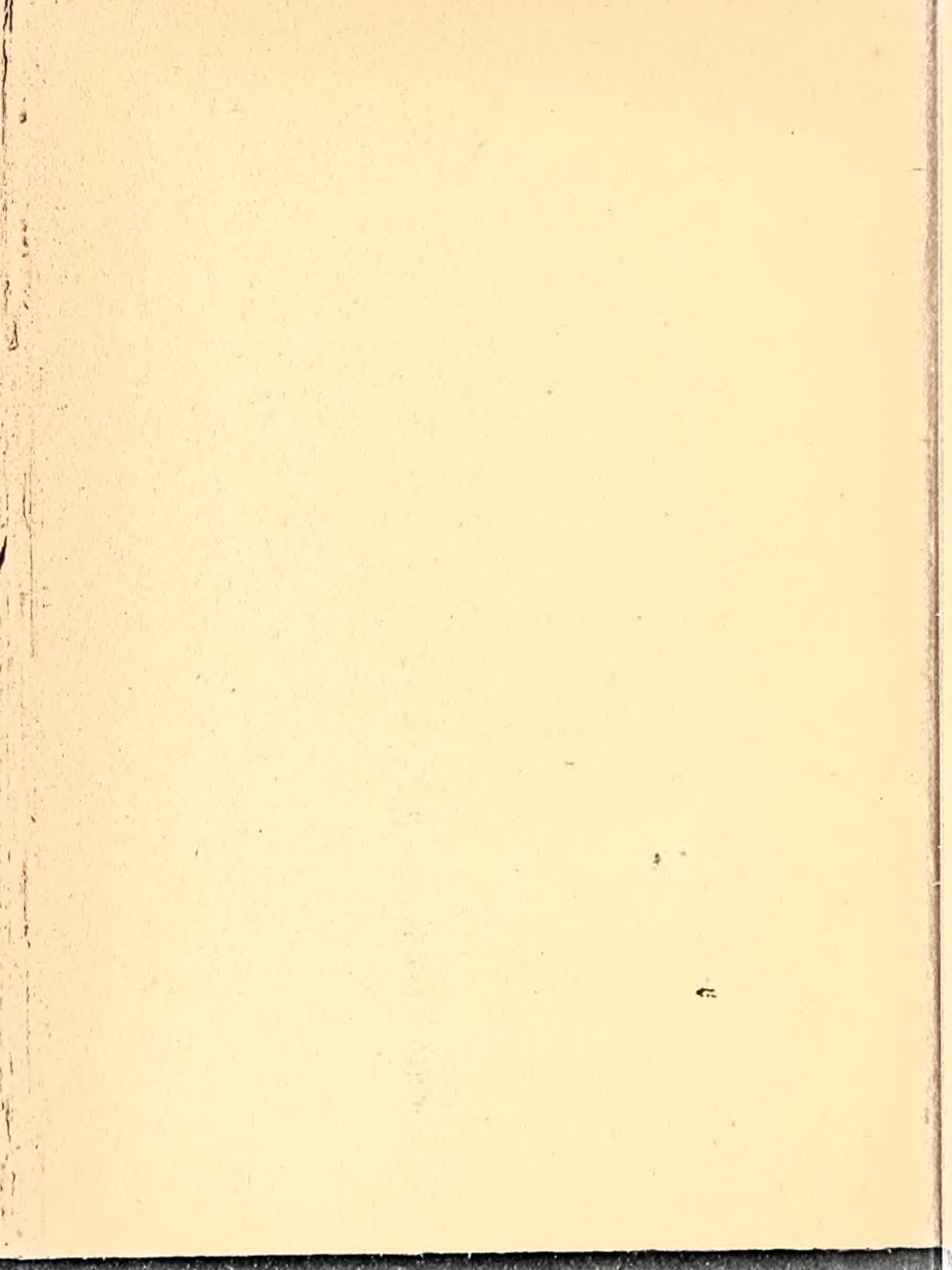
«Amor con sangre ligado,  
cuando la moza es doncella,  
dura mientras dure el curso  
de esa sangre por las venas».

¡Ay, Rosa Cruz, Rosa Cruz!  
¡Si tu novio lo supiera!...





**ROMANCE**  
**DE**  
**DIONISIO DIAZ**



## RAZON DEL CANTO

Dionisio, niño infinito,  
niño esencial y perpetuo,  
mojón de amor enclavado  
sobre la muerte y el tiempo:  
desde la flor sin otoños  
de tu sangre, niño inmenso,  
la raza gaucha levanta  
su signo heroico y fraterno.

Muchacho de sol y trigo,  
simbiosis de campo y cielo:  
para cantarte quisiera  
tener la voz de los vientos  
caminadores y ariscos  
que musicaron tus sueños;



poder sonar el clarín  
matinal de los horneros,  
cuya franqueza rotunda  
te ancheó las puertas del pecho;  
resucitar las palabras  
que habló la lluvia en tu alero,  
y de tus breves veranos  
desanudar el acento;  
asir el son de tus pasos  
madrugadores e inquietos,  
y empañarle el rostro al día  
con la niebla de tu aliento.  
Y también hundir quisiera  
las antenas de mi verso  
en la matriz de la tierra  
que dió la cal de tus huesos.  
Y aprender tu abierto llano  
flor a flor, trébol a trébol,  
y arder en los libres soles  
que doraron tus cabellos.

Sólo así podría mi canto  
desceñir el haz de tiempo

que apagó tus mariposas  
y enmudeció tus jilgueros.  
Sólo así reencendería  
mi voz tu acendrado fuego,  
la luz azul de tus ojos,  
tu lustral sangre sin miedo,  
y el puro amor que ensanchaba  
tu corazón de lucero.

Pero he de cantar, no obstante  
la opacidad de mi acento,  
esta canción obstinada  
que me calienta los huesos,  
y en la inquietud de la sangre  
me labra caminos nuevos.

Y he de cantarla, Dionisio,  
por el niño que aun conservo  
vertical sobre mis días,  
desmintiéndome el invierno,  
allegando madrugadas  
a las noches de mi esfuerzo.



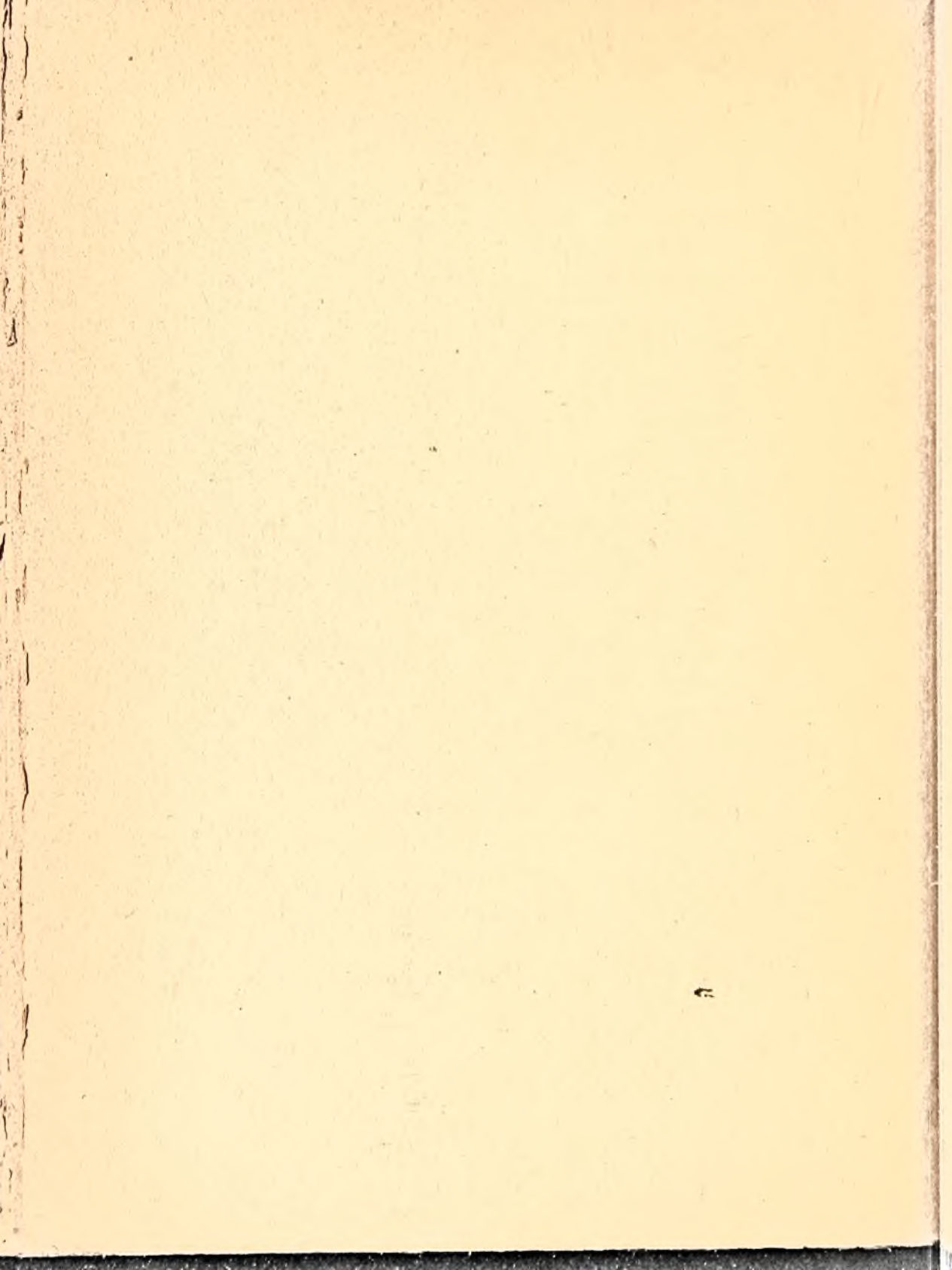
Y también por otros niños  
que mis ojos aprendieron  
en tu pago y en mi pago,  
pena a pena, sueño a sueño.  
Por los niños campesinos,  
todos tristes, todos serios,  
pies que hiela el blanco junio  
y que quema el rojo enero,  
tiernas manos sin juguetes  
agrietadas a destiempo,  
mustias bocas doloridas  
de pan duro y de silencio.

Es por ellos sobre todo  
—tú lo sabes, niño inmenso—,  
es por ellos, tus hermanos  
rubios, indios, pardos, negros,  
por afuera tan distintos,  
tan iguales por adentro,  
todos ellos refundidos  
en tu amor y en tu denuedo,  
por la herida de tu vientre  
desangrados todos ellos,



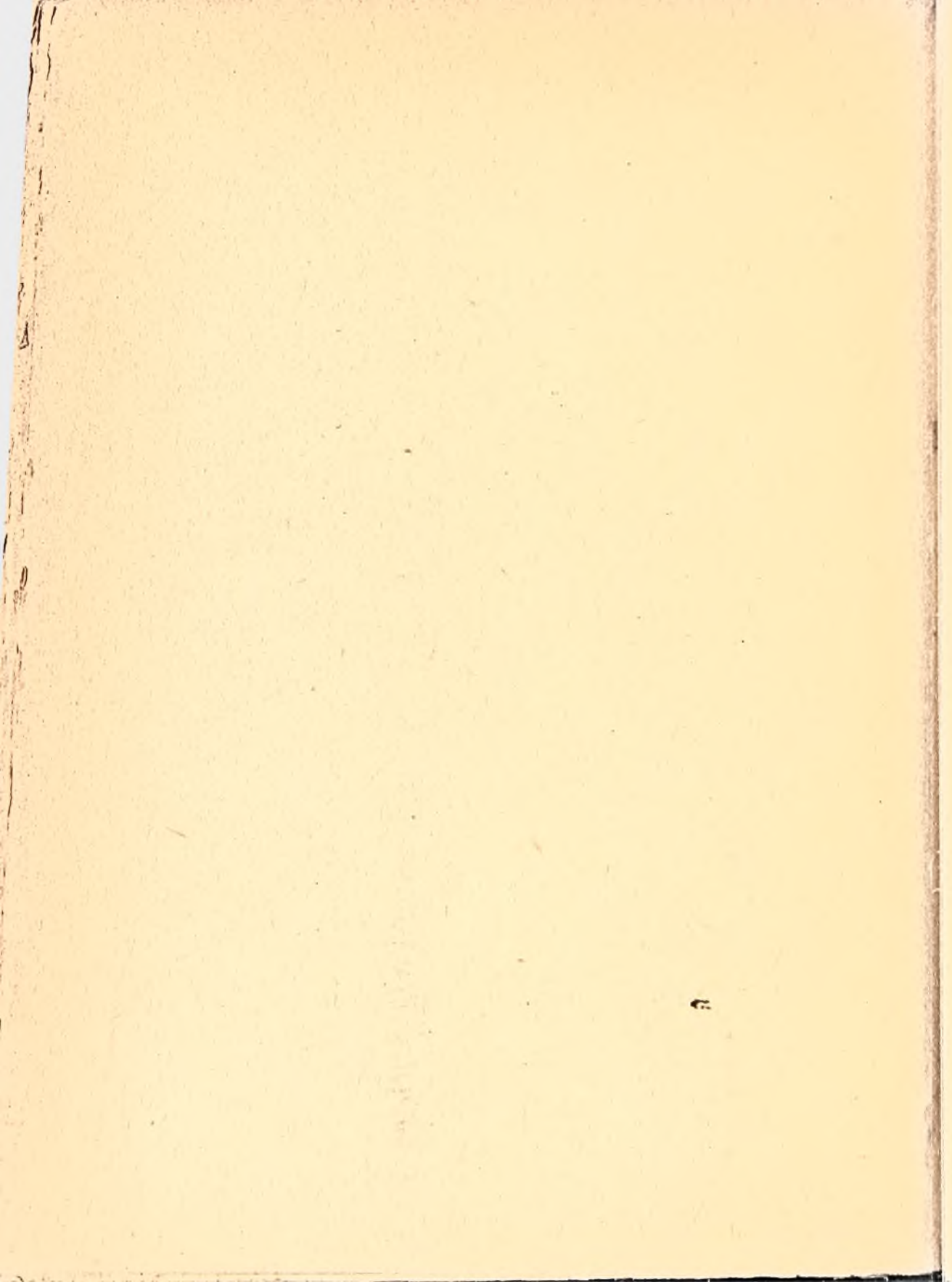
que mi opaca voz pretende  
revivir tu heroico gesto,  
historiar la hazaña enorme  
que salvó tu luz del tiempo,  
para izarla en la memoria  
fiel y cálida del pueblo  
como un hito de la vida,  
cual semáforo perpetuo  
que ninguna noche apaga  
ni derriba ningún viento.

Es por ellos —tú lo sabes,  
niño gaucho— que te ofrezco  
este canto que me sube  
de la sangre y de los huesos.



||





## LA FAMILIA

Era un llano soledoso  
sobre el cual el tiempo lerdo  
desmadejaba sus días  
y sus noches en silencio.  
Inmensidad sin memoria  
para el hombre y sus desvelos,  
ni caminos lo aprendían  
ni lo historiaban recuerdos.

Y era sobre el llano un rancho  
con su destino pequeño  
—fraternidad de terrones  
combatida por los vientos—,  
y en el rancho una sencilla  
familia de chacareros,

atada siempre a la tierra,  
pendiente siempre del cielo,  
fluctuando entre los vaivenes  
de la esperanza y el miedo.

Juan Díaz —silencio hurraño,  
tez curtida, rostro quieto,  
anchas manos aradoras,  
torpes pies de paso lerdo—  
fatigaba su insondable  
corazón bajo aquel techo,  
mientras los años secaban  
la espiga de sus recuerdos.

Y a su lado, sus zozobras  
y esperanzas compartiendo,  
nuevos cauces de la vida  
prolongándole en el tiempo,  
manos nuevas, en el surco  
su destino repitiendo  
con idéntica paciencia,  
con igual obstinamiento,



un hijastro y una hija  
unidos por hondo afecto.  
El, Eduardo, habilidoso  
labrador y carpintero  
—lisiado, un pie de madera  
por sus propias manos hecho—,  
expresándose en el árbol  
y el maíz, idioma eterno;  
afiliados alma y brazos  
con amor al noble esfuerzo.  
Y ella, María, muchacha  
sin represas en el pecho,  
corazón a flor de labios,  
inocencia a flor de cuerpo,  
dócil tierra que a la vida  
su tributo iba rindiendo,  
fértil vientre ya frutado  
por dos gérmenes diversos.

De ese vientre procedía  
—claro fruto tempranero  
de un amor desnudo y libre  
como el sol y como el viento,

que por ser de amor venido  
era alegre, dulce y bello—  
el impar Dionisio, el héroe  
de la historia que aquí cuento,  
rubio niño de nueve años  
con el sol en los cabellos  
y por ojos dos enormes  
gotas límpidas de cielo.

Y, como último retoño  
de aquel núcleo chacarero  
—nuevo surco de la vida  
que labrara un amor nuevo—,  
Marina, que ya ensayaba  
sus primeros balbuceos.

Cinco seres que en la vida  
su destino iban cumpliendo  
sobre el campo sin memoria,  
llana el alma y hondo el sueño.

Cinco sendas paralelas  
internándose en el tiempo,  
ya en el fin la más antigua,  
la más nueva en el comienzo.

Los mayores laboraban  
de alba a noche, graves, serios,  
sol y sol sobre la nuca,  
surco y surco bajo el pecho,  
un camino sin variantes  
siempre haciendo y deshaciendo  
—rancho y chacra, chacra y rancho—  
con iguales pasos tercios.

Y después, la muda rueda  
de cansancios, junto al fuego,  
sin más voz que la del mate  
deslizando en el silencio  
vagos, tímidos llamados  
a un común esparcimiento



que pusiera entre alma y alma  
la luz franca de un afecto,  
aliviando así la amarga  
soledad de cada pecho.

Vano empeño, pues Juan Díaz,  
siempre arisco, siempre hermético,  
no franqueaba nunca, a nadie,  
corazón ni pensamiento.  
Y los hijos, su inmutable  
voluntad obedeciendo,  
acabaron por tornarse  
poco a poco, sin remedio,  
enigmáticos islotes  
en el mar de aquel silencio.

Tal el mundo en que Dionisio  
su niñez iba viviendo;  
mundo hostil, que puso diques  
a su gárrulo contento,  
y un precoz aire de pena  
dió a sus ojos color cielo.

Tal el ámbito invariable  
que amustiaba el verde tiempo  
del candor y de la gracia,  
la pureza del comienzo,  
en el alma de aquel hijo  
del amor, alegre y pleno.

Hoscos días solitarios,  
sin juguetes y sin besos;  
noches huecas, desprovistas  
de leyendas y de cuentos;  
sucesión de horas iguales  
entre un sueño y otro sueño,  
que poblaban solamente,  
dramatizando el silencio,  
los suspiros de la madre,  
la tos bronca del abuelo,  
y el coloquio misterioso  
de los árboles y el viento.

Pero estaba allí la tierra  
generosa, repitiendo  
mies a mies, cada verano,  
su lección de amor eterno.

Y la vívida alegría  
de los pájaros inquietos,  
que llenaban las mañanas  
de canciones y aleteos.  
Y la humilde flor del campo  
su alma cándida esparciendo  
a lo largo de los días,  
con ahincado y dulce empeño.  
Y el zumbido de la abeja  
laboriosa, y el ejemplo  
del arroyo que pasaba  
siempre alegre, siempre nuevo,  
revelando piedra a piedra  
su destino de viajero,  
sol a sol desanudando  
sus más íntimos secretos.

Poco a poco fué Dionisio  
su alma lúcida embebiendo  
de ese idioma informulado  
que le hablaba el universo;



descifrando poco a poco  
la honda clave del ser pleno  
que su ubicua voz le abría  
desde el agua y el insecto,  
desde el brote de la rama  
y el rumor del pasto nuevo,  
desde el pulso imperceptible  
de la espiga en crecimiento,  
desde el hueco de los nidos  
y el latir de los polluelos,  
y el trasiego de la savia  
de un renuevo a otro renuevo,  
y el zurear de las palomas  
en la copa de los ceibos.

Supo entonces con profundo,  
con raigal conocimiento  
a su sangre incorporado,  
radicado en carne y huesos,  
que la vida vale siempre  
toda lucha, todo esfuerzo  
por vivirla dignamente,  
noblemente, a pecho abierto;

que el amor que un ser irradia  
siempre encuentra puerta y eco  
más allá de toda muerte,  
más allá de todo miedo;  
que su llama sobrevive  
a la noche de los cuerpos,  
y perdura su latido  
sobre el tiempo y el silencio,  
ya en el rostro de una estrella,  
ya en el ojo de un venero,  
ya en el canto de la lluvia,  
ya en la música del viento  
que destrenza colmenares,  
suena juncos, riza esteros,  
y transporta flor y aroma,  
trino y ala, nube y sueño.

Lo aprendió desde la sangre,  
sin palabras, sin conceptos,  
fibra a fibra de su carne,  
poro a poro de su cuerpo.

Lo aprendió naturalmente,  
sin pensar en aprenderlo,  
como aprende el trigo a erguirse,  
como el ave aprende el vuelo.

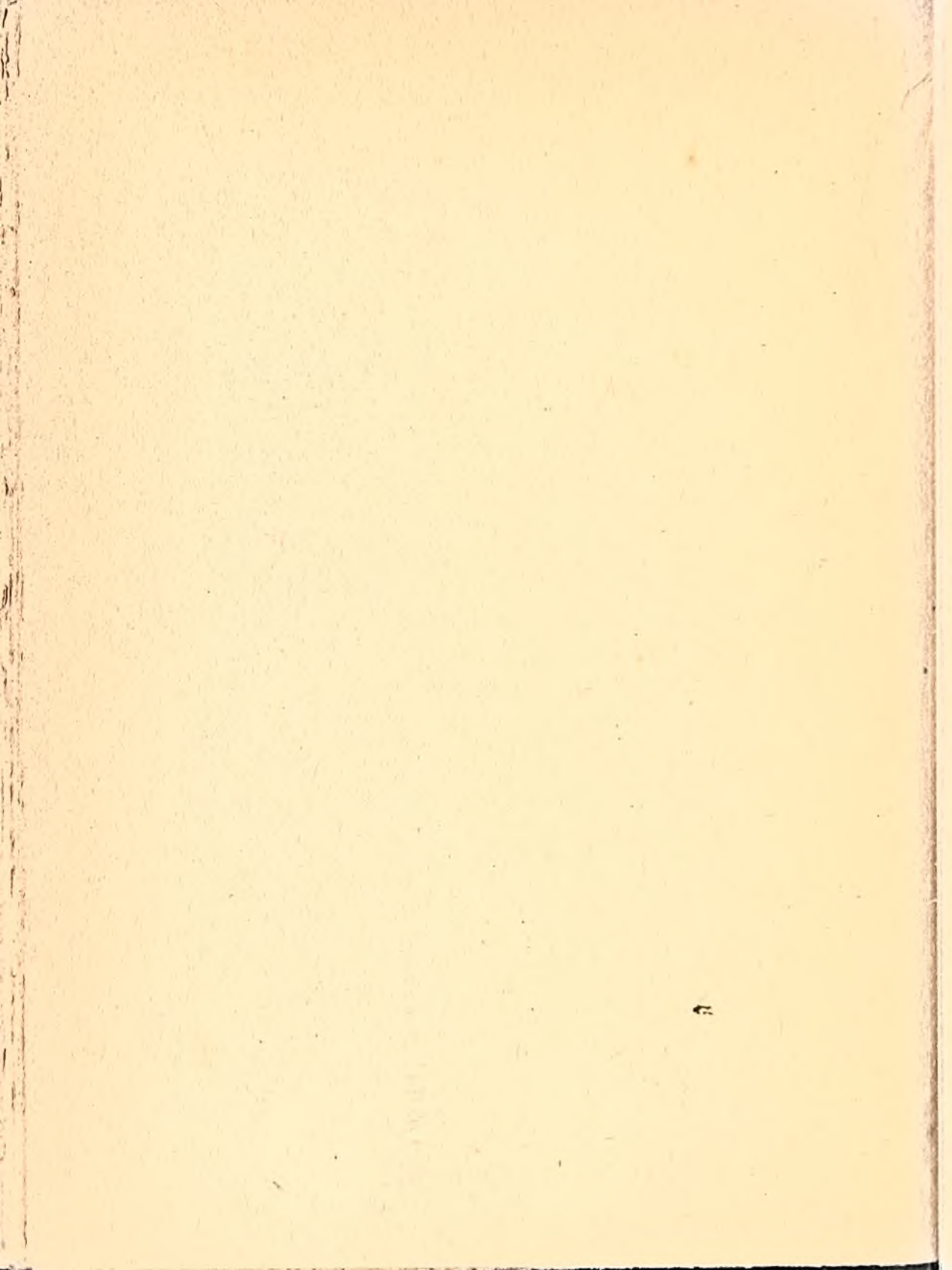
Y no tuvo, desde entonces,  
soledades en su pecho,  
ni tristezas en sus ojos,  
ni en su corazón recelos.  
Un sentido constructivo  
de la vida, un gran deseo  
de servirla en sus designios  
más profundos y más bellos;  
un afán incontenible  
de ser útil, de ser bueno,  
de pujar con las raíces,  
de fulgir con los luceros,  
de ser gota de la lluvia  
cuando estaba el campo seco,  
de sumarse a los tizones  
que amansaban el invierno;  
un impulso permanente,  
un porfiado y hondo anhelo



de abarcar con la alta llama  
de su amor al mundo entero,  
enseñóle desde entonces  
a ver claro el rancho negro,  
confortable el duro catre,  
dulce el rostro del abuelo,  
y granado de canciones  
el hermético silencio  
que velaba cada noche  
la familia, junto al fuego.

Tal el alma prodigiosa  
que alentaba en aquel pecho.  
Tal la luz que ardía en el héroe  
de la historia que aquí cuento.

III





## LA TRAGEDIA

La amarga noche de mayo  
—borrón de silencio y frío—  
aprisionaba en un brete  
de angustia los ranchos míseros.  
Ciegos fogones dolían  
en los ojos campesinos  
dolor de brasas ausentes  
y encanecidos ladrillos.  
Y los grasientos candiles,  
con su llanto desvalido,  
lágrima a lágrima iban  
midiendo el tiempo remiso.

Todo el campo era un acecho  
sin voces y sin latidos,  
una fatídica espera  
llena de miedos antiguos.

Tiasas lechuzas clavaban  
en los postes su sigilo  
y taladraban las sombras  
con sus ojos amarillos.  
Murciélagos fantasmales  
revolaban, sibilinos,  
trazando signos aciagos  
en el aire quieto y frío.

Todo el campo era una espera  
dura y tensa, un vaticinio  
de tragedia ineluctable,  
de ancestral determinismo.  
La presciencia de la muerte  
nivelaba en un atisbo  
fatalista y resignado  
piedra y árbol, cardo y nido.

Y el drama irrumpió de pronto,  
resumido en un cuchillo  
que puso lívido el aire  
con su relámpago frío.

Juan Díaz, el insondable  
labrador, enloquecido  
por quién sabe qué visiones,  
por quién sabe qué delirios  
germinados en el fondo  
de su hermético mutismo,  
en el caos incontrolable  
de sus meandros instintivos,  
buscó en la muerte respuesta,  
buscó en la sangre caminos  
al ciego resentimiento  
contra la vida, al antiguo,  
tenaz rencor, que espoleaba  
su voluntad de exterminio.

Fué María la primera  
que el acero hirió. Su grito  
se derramó por la noche,  
suplicante, desvalido,  
deshilachando sus ecos  
entre las sombras y el frío.



Contra el pobre cuerpo inerte  
se alzó de nuevo el cuchillo,  
roja centella implacable  
rasgando el aire aterido.  
Pero ya entre pecho y arma,  
pleno de amor y heroísmo,  
la noble sangre ofrecida  
por entero al sacrificio,  
sin flaquezas y sin llantos,  
sin temores y sin gritos,  
oponiendo sus nueve años  
a la muerte, estaba el niño  
de los ojos color cielo  
y el cabello color trigo,  
el más alto paradigma  
del valor afirmativo,  
el Dionisio inmensurable  
de esta historia que aquí digo.

Y fué vana la amenaza,  
vano el gesto imperativo,  
vano el empujón violento  
muchas veces repetido:

siempre estaba el niño heroico  
entre víctima y cuchillo.

Hasta que al fin el acero  
del vesánico asesino  
hirió el brazo, hirió la ingle,  
hirió el vientre de Dionisio,  
y sólo entonces Juan Díaz  
pudo cumplir su designio.

Cuando el niño vió a su madre  
caer, cuando el asesino  
se inclinó para ultimarla  
—ya hasta bestia descendido—  
y oyóle gritar, frenético:  
«¡Con todos haré lo mismo!»,  
no sintió más sus heridas  
ni vió de su sangre el río  
descender, buscando cauce  
entre las grietas del piso.

Otra hazaña sobrehumana  
reclamaba su heroísmo;  
otra vida dependía  
de su amor y de su brío.  
Allí, en la rústica cuna,  
tan inerte como un lirio,  
dormía Marina su sueño  
inocente y pequeñito.  
La alzó el niño entre sus brazos,  
corrió hacia el rancho contiguo,  
y sobre el lecho de Eduardo  
dejó el tierno cuerpecillo.  
Y allí aguardó, silencioso,  
desangrado y aterido,  
sosteniéndose en su heroica  
voluntad de sacrificio.

Ya estaba el viejo en el patio,  
ya a su encuentro había salido  
Eduardo —pie de madera  
mas corazón en su sitio—.



Oyó Dionisio el rumor  
de la lucha; luego el grito  
premio con que el lisiado  
reclamábale el cuchillo.

Vió el arma encima de un banco,  
empuñóla, y decidido  
se hundió otra vez en la noche  
y otra vez buscó el peligro.

Dos sombras entre las sombras  
giraban en remolino  
fantasmal, callado y terco,  
por el patio negro y frío;  
iguales las dos, iguales  
para los ojos del niño,  
que iban de uno al otro rostro  
sin conseguir distinguirlos.

Vió cojear de pronto a Eduardo  
—el pie en la lucha perdido—,  
y en la diestra de esa sombra  
dejó, resuelto, el cuchillo.

Después, vuelto al rancho oscuro,  
la espera tensa, el suplicio  
de aguardar tras de la puerta,  
toda el alma en los oídos,  
el final del duelo incierto,  
cara o cruz de su destino;  
de vivirlo golpe a golpe,  
resoplido a resoplido,  
en el choque escalofriante  
de los puñales fatídicos,  
y el jadear acelerado  
de los pechos enemigos.

Cayó un cuerpo. Por el aire  
se expandió un mortal gemido.  
Acercáronse a la puerta  
pasos lentos, imprecisos.  
Una mano dió tres golpes  
espaciados, cuatro... cinco...  
y una voz —la del abuelo—  
dijo luego: «¡Abrió, Dionisio!»

Ni una luz por las rendijas,  
ni un murmullo, ni un suspiro.  
Dentro y fuera, sólo noche,  
nada más que noche y frío.

Alejáronse los pasos  
hacia el campo ensombrecido.  
Pasó mucho, mucho tiempo.  
¿Fueron años? ¿Fueron siglos?  
Y otra vez en el silencio  
comenzó a vivir un ruido  
más cercano a cada instante,  
más cercano y más preciso.

Era un cuerpo que arrastraba  
su agonía, su martirio,  
hacia el candil parpadeante  
que Dionisio había encendido.  
Era Eduardo, que pugnaba  
por llegar hasta aquel niño



y a la luz de su presencia  
dar el último suspiro  
—confortado por el cielo  
de sus ojos, viendo el trigo  
repetirse en sus cabellos,  
más dorados que el sol mismo—  
y adentrarse en el misterio  
por su aliento sostenido,  
aliviado por la llama  
de su amor el postrer frío.

Y el pequeño abrió sin miedo  
puerta y brazos al herido,  
lo ayudó con su sonrisa  
a enfrentar lo nunca visto,  
a evacuar su humano tiempo  
sin angustia, con sencillo  
gesto de luz que se apaga  
o de fruto desprendido.

Y después, viendo sus vísceras  
—cálido haz escurridizo—

por el desgarrón del vientro  
asomársele, y mordido  
por dolores ondulantes,  
epilépticos, hondísimos,  
procuró volver, resuelto,  
las entrañas a su sitio.

Impidiendo aquel retorno,  
una capa de tejidos  
adiposos obturaba  
la herida bárbara. El niño,  
con coraje sobrehumano,  
con sobrehumano estoicismo,  
empuñando una tijera  
de oxidado y roto filo,  
cercenó de un solo tajo  
los obstrutores tejidos  
y a la cavidad del vientro  
reintegró sus intestinos.

Vendóse luego la herida  
sin un gesto, sin un grito,

y arrojando a la pequeña  
con afán tierno y solícito,  
se tendió en el duro suelo,  
junto al cadáver ya rígido,  
todo el cuerpo ardiendo en fiebre,  
el cerebro todo hervido  
de fantásticas visiones  
que engendraba su delirio.

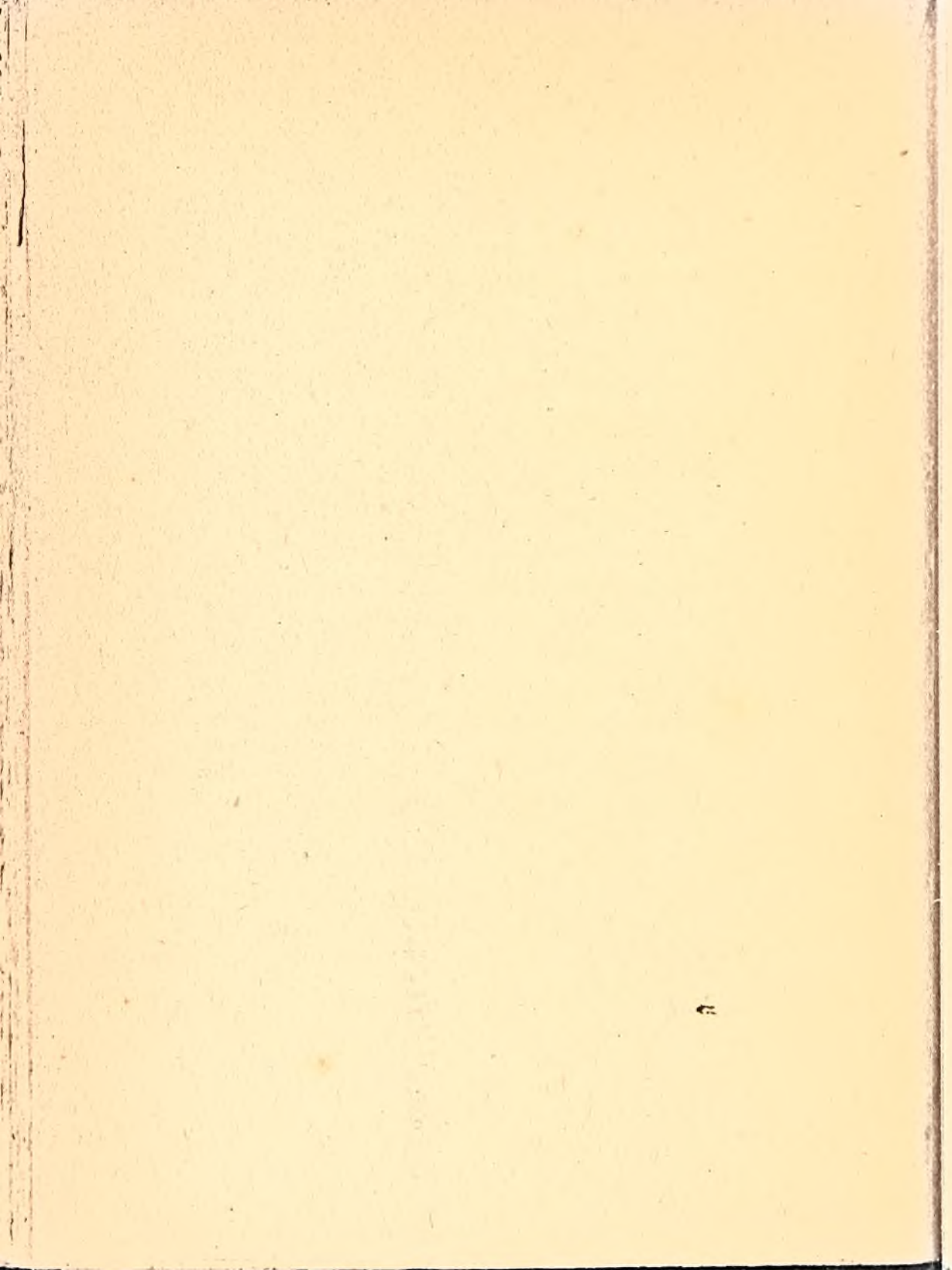
¡Siempre noche sin orillas!  
¡Siempre noche, noche y frío!  
¿Dónde estaba el alba? ¿Dónde?  
¿Más allá de cuántos siglos  
de estancado tiempo ciego,  
de silencio renegrido,  
ocultaba el dulce rostro  
de la luz su gesto amigo?

¡Noche siempre, noche y sangre,  
sangre y muerte, muerte y frío,  
bajo el cielo, sobre el campo,  
sobre el aire detenido,  
sobre el filo de la escarcha,  
también llena de cuchillos!...



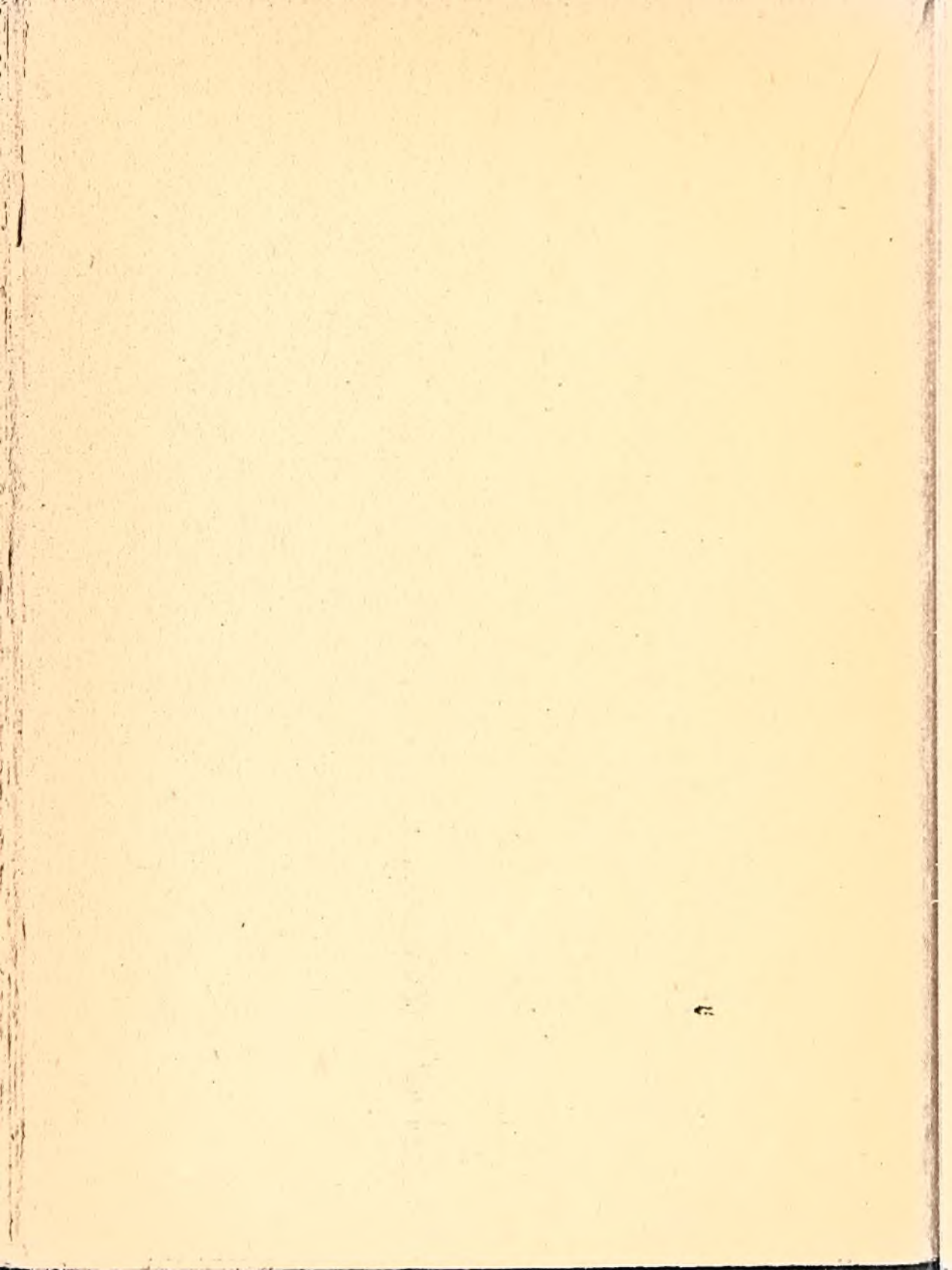
Mas he aquí que de repente  
desnudó un gallo su grito,  
y otro gallo, y otro, y otro,  
jalonaron de hitos vivos  
el camino de la aurora  
sobre el negro y mudo abismo.

¡Era el día, era la vida  
con su dulce gesto amigo!  
¡Y aun había en las venas sangre  
y en los brazos fuerza y brío!  
¡Adelante, que aun tenía  
tiempo y cancha el heroísmo,  
y el amor sobrado aliento  
para el nuevo sacrificio!



IV





## EL VIAJE

¡Qué orgullo el de las carquejas  
que sus niños pies pisaron!  
¡Qué música la del trébol  
que oyera cantar sus pasos!  
¡Y qué luz nueva en las cosas  
que sus pupilas miraron,  
cuando iba iniciando el día  
su claridad por el campo!

Marchaba de cara al alba  
con la pequeña en los brazos.

Para tocarlo estiraban  
sus verdes dedos los pastos.  
Lo contemplaba el rocío  
con mil ojos asombrados.  
Y por él tañían sus flautas  
de plata y cristal los pájaros.

Allá, muy lejos, negreaban  
de «El Oro» los viejos ranchos  
—haz de borrosos destinos  
sobre aquel llano enraizados—,  
hacia los cuales el héroe  
milagroso iba avanzando.

Llegar era su consigna.  
Llegar y poner a salvo  
aquel retoño de vida  
que a la muerte había ganado.

¿Y después? Después dormirse  
con un sueño largo... largo...



con un sueño que aplacase  
sus dolores, sus quebrantos,  
y limpiase de fantasmas  
su cerebro alucinado.

Marchaba de cara al día,  
rumbo a los ranchos lejanos,  
la voluntad indomable  
contrayéndole los labios,  
y la esperanza en el pecho  
como un cencerro sonando.

Sol bajo el sol, sus cabellos  
iban dorando el espacio;  
sus ojos, cielo ante el cielo,  
el aire iban azulando.  
Y todo el amor del mundo  
se hacía música en los pasos  
de aquel niño milagroso,  
de aquel héroe sobrehumano  
que avanzaba hacia la muerte  
con la vida entre sus brazos.

Por la mañana adelante  
seguía andando el niño gaucho.  
Lo escoltaban los horneros,  
su franco clarín sonando;  
susurrábanle: «¡Coraje!»,  
los árboles solidarios;  
a su fatiga ofrecía  
fragancia tónica el pasto;  
y el buen aire mitigábale,  
amical, fiebre y cansancio.  
Pero, ¡ay!, qué lejos, qué lejos  
negreaban siempre los ranchos!

Mas no obstante él proseguía  
su camino sin descanso,  
tajeándose en los pajares,  
hundiéndose en los pantanos,  
ya bordeando el monte espeso,  
ya marchando a pleno campo,  
insensible a sus heridas,  
insensible a sus quebrantos,  
fiel al rumbo y al destino  
que su amor le había trazado.

Tal el temple incomparable  
de aquel niño sobrehumano.  
Tal la luz que ardía en el héroe  
de la historia que aquí narro.

¡Ah, qué orgullo el de la tierra  
que guardó el son de sus pasos!  
¡Qué noble luz la del aire  
que sus ojos alumbraron!  
¡Nunca diera el tiempo un día  
tan henchido de milagro  
como aquel que iba Dionisio  
sobre el campo inaugurando!

«¡Adelante!», le decían  
con su verde voz los pastos.  
«¡Adelante!», clarineaban  
los francos horneros gauchos.  
Y él andaba, andaba, andaba,  
campo arriba, campo abajo,  
como un viento incontenible,  
como un río desbordado,



imponiéndose a la fiebre,  
a la muerte desplazando  
de su tierno cuerpo exangüe,  
de su vientre desgarrado,  
pues morir no era posible  
sin poner antes a salvo  
aquel brote de la vida  
que llevaba entre los brazos.

Y los ranchos negros, tristes,  
poco a poco se acercaron;  
y el camino se fué haciendo  
menos duro, menos áspero,  
a medida que iba el pueblo  
sus perfiles recortando  
en el aire transparente,  
bajo el débil sol de mayo.

Por la fuerza inextinguible  
de su amor agujoneado,

seguía el niño milagroso  
siempre andando, andando, andando.  
Otra zanja, la postrera,  
otro, el último alambrado,  
y llegó por fin al pueblo,  
y entre todos, buscó un rancho  
que ostentaba el patrio escudo  
sobre sus terrones pardos.  
Preguntó —la voz entera—  
dónde estaba el comisario,  
y una vez que a su custodia  
hubo la niña librado,  
narró, lúcido y tranquilo,  
punto a punto el drama bárbaro.  
Y después se fué del tiempo,  
dulcemente, como un pájaro,  
como un nardo que se cierra  
sobre el propio sueño blanco,  
como estrella que la aurora  
desvanece en el espacio.

¡Qué noble luz en su frente!  
¡Qué dulce paz en sus labios!

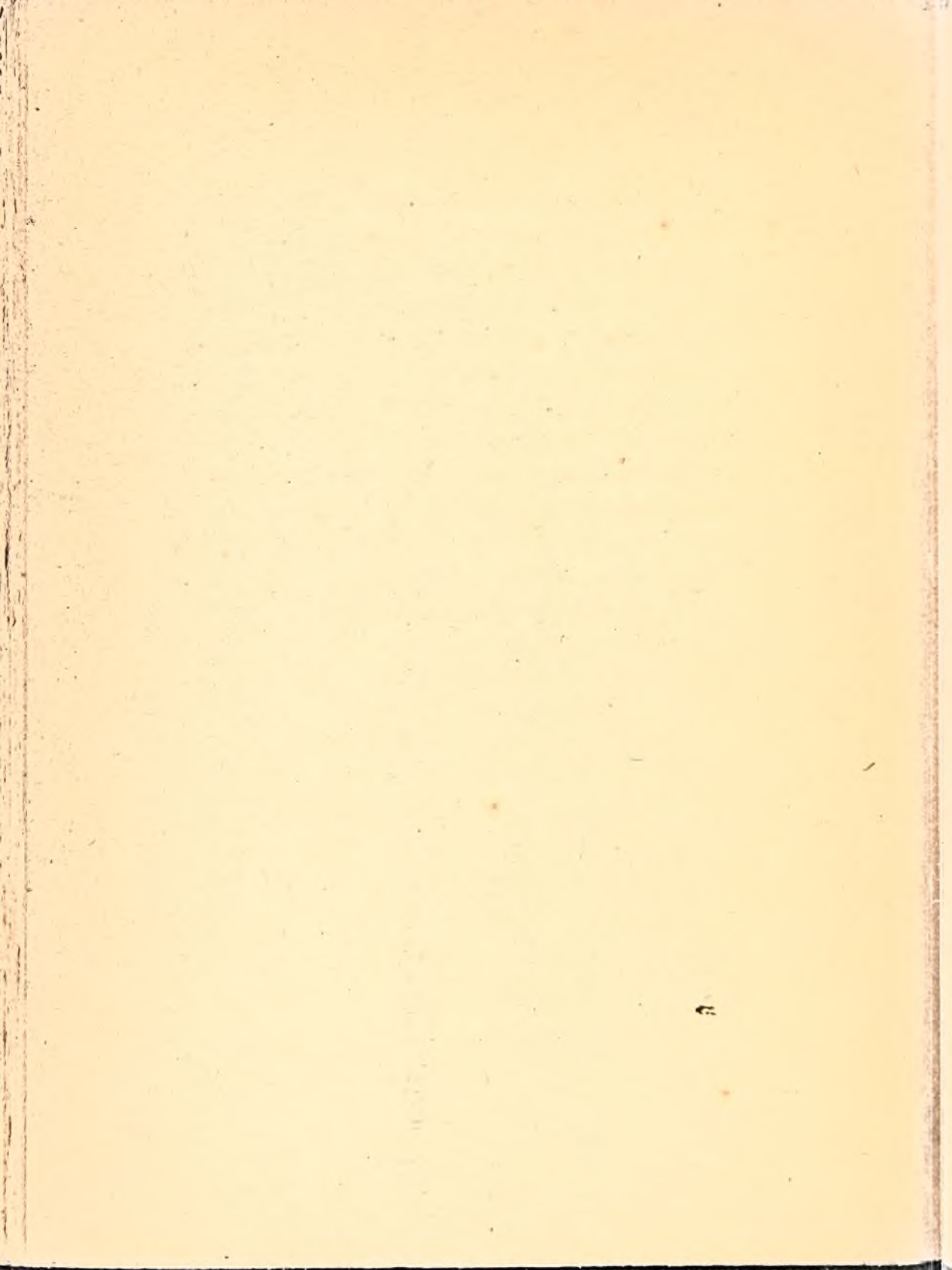
¡Qué inmodulables canciones  
tras su silencio de mármol!

Así le vieron los hombres,  
así le vieron los campos,  
camino del cementerio  
bajo el débil sol de mayo.  
Y así quedó para siempre  
en la memoria del pago,  
que lo lleva en grano y fruto,  
nido y ave, piedra y árbol.

Selló la muerte sus ojos  
—cielo del cielo envidiado—  
y destiñó sus cabellos  
solares el polvo opaco.  
Mas el campo guarda entera  
la música de sus pasos,  
el macachín su dulzura,  
su voz el arroyo claro,  
la flor del ceibo su sangre  
y su alta luz el verano.

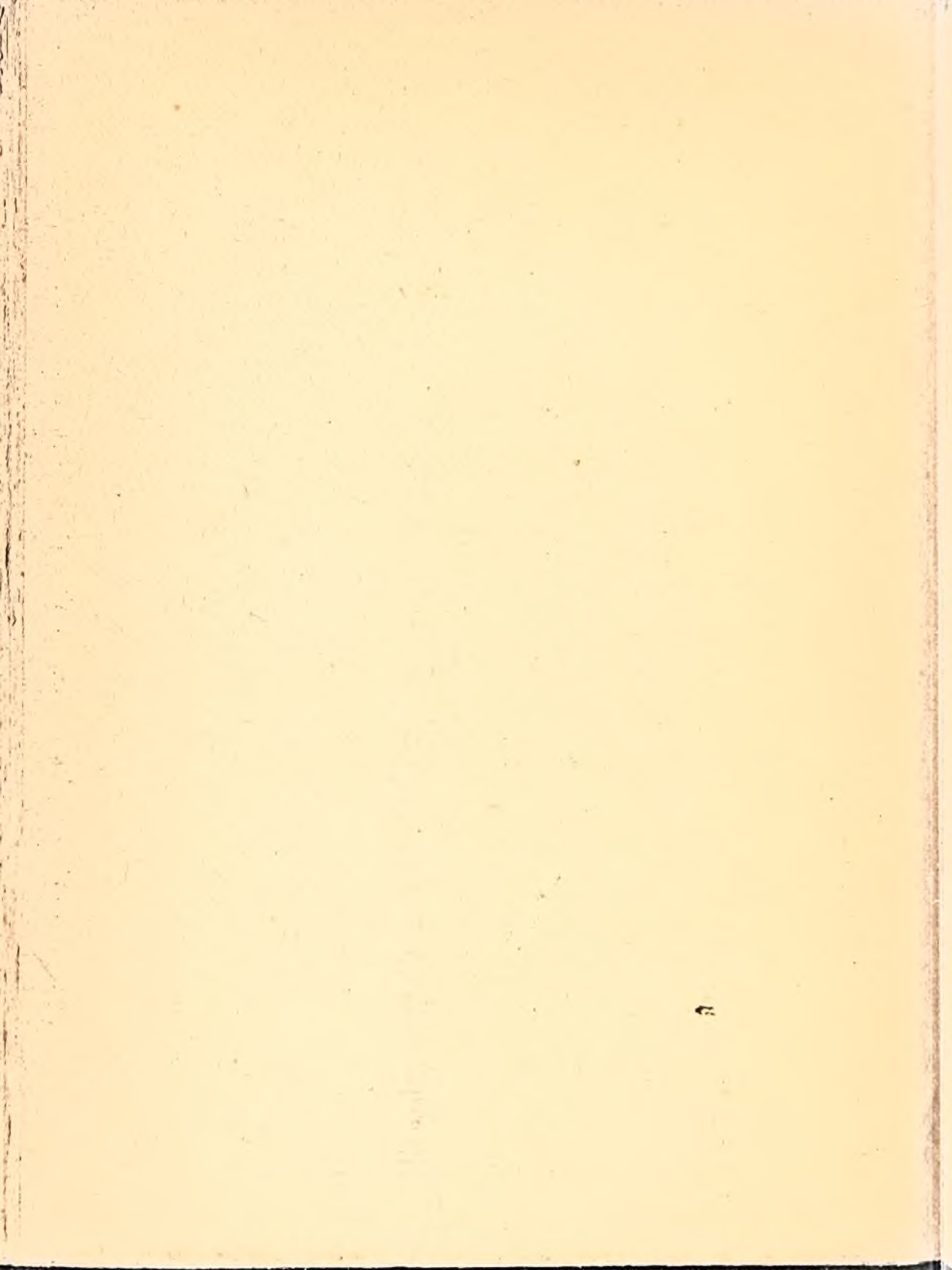


Y los niños de su tierra  
—rubios, indios, negros, pardos—,  
esos niños por la herida  
de su vientre desangrados,  
esos niños soledosos  
de su pago y de mi pago,  
tan sufridos y tan puros  
y tan nobles y tan guapos,  
seguirán tiempo adelante  
su alma inmensa perpetuando,  
pues en ellos no es recuerdo,  
ni leyenda, ni milagro,  
sino savia que les nutre  
canto y sueño, juego y llanto.



V





## SALUTACION FINAL

Dionisio: estás en el pueblo  
ya para siempre jamás,  
como está el sol en el día,  
como en el trigo está el pan.

Dicen tu nombre los niños  
con voz de miel y cristal,  
para que aquel que lo escuche  
ya no lo pueda olvidar.

Cuenta la abuela tu historia  
junto al fogón invernal,  
y oyéndola, hasta las brasas  
parece que brillan más.

Silba el tropero en la ronda  
—que es su modo de soñar—;  
el domador, sobre el potro,  
canciones al viento da;  
con la reja, hunde el labriego  
en la tierra su anhelar;  
pregona el hacha, en el monte,  
del monteador el afán;  
y tu imagen puebla el silbo,  
le pone alas al cantar,  
camina con la esperanza  
y alegra el pregón tenaz.

Estás también en la lluvia  
cuando acaricia el maizal,  
y aquietta el pecho del hombre,  
y hace dulce su pensar.



Arde tu sangre en los zumos  
encendidos del chalchal,  
y los ceibos ratifican  
flor a flor su eternidad.

La luz azul de tus ojos  
mira desde el manantial,  
donde danzan las estrellas  
y va el pájaro a abreviar.

Y tu franca risa suena  
del arroyo en el cantar,  
y halla el viento tus palabras  
en las flautas del juncal.

No anda un camino la vida  
que no acompañe tu andar,  
ni sueña el amor un sueño  
que no ilumine tu faz.  
Te lleva el hombre en su carne  
y en su savia el vegetal;









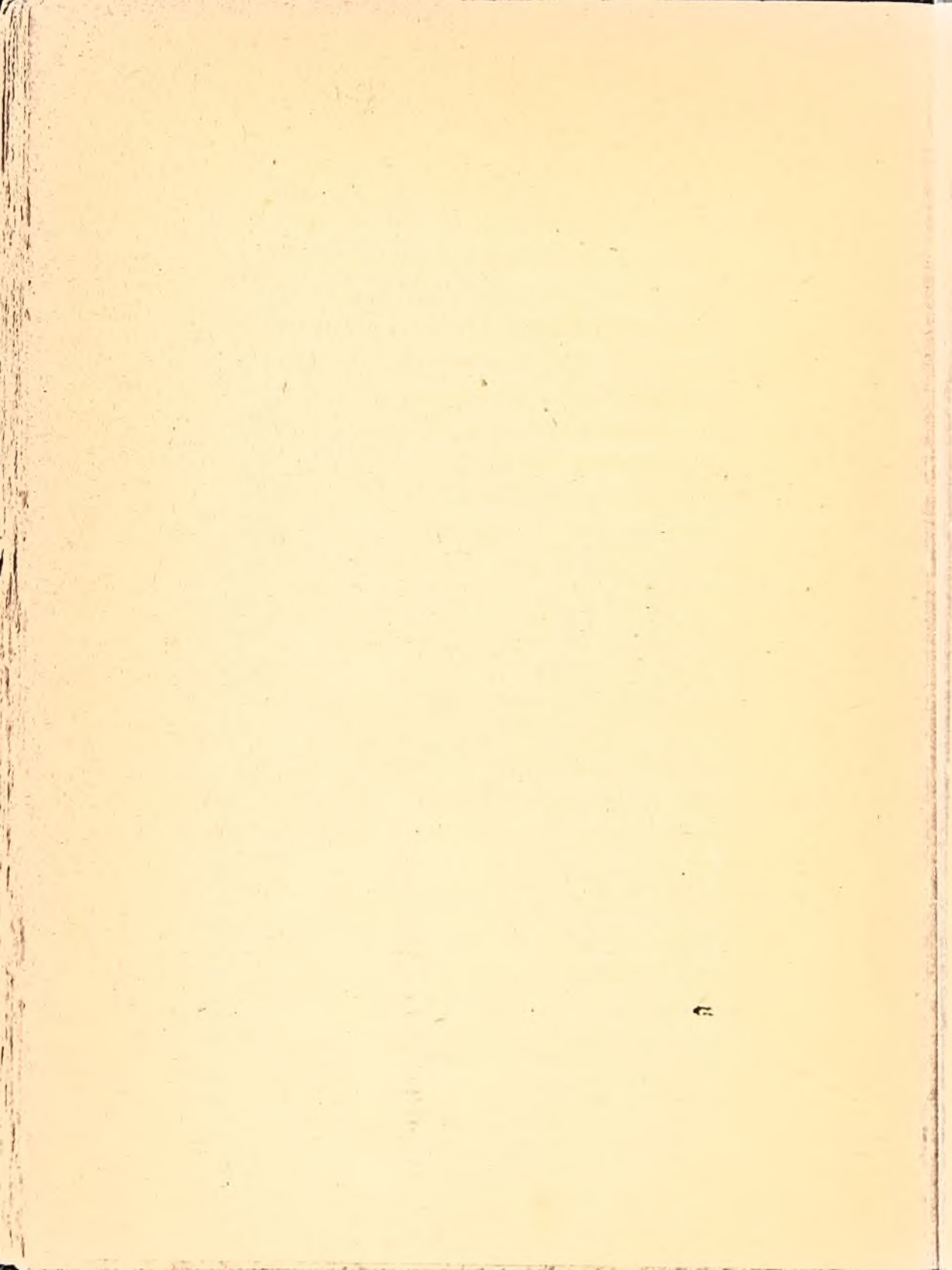


tu primavera infinita  
de abeja en abeja va;  
late tu cuerpo en el nido  
donde incubaba la torcaz;  
repite tu luz la estrella  
en su viaje sideral;  
y cantan tu eterna gloria  
noche y día, sin cesar,  
cada cual a su manera  
y a su turno cada cual,  
dos juglares campesinos  
que jamás te olvidarán:  
el dulce grillo lunero  
y la chicharra solar.

Dionisio, niño infinito,  
héroe del amor triunfal,  
firme estrella sin ocasos,  
lámpara de eternidad;  
Dionisio, niño sin tiempo,  
germen del alba total,  
que resides en la vida  
ya para siempre jamás:

haz que en mis versos palpite  
tu corazón ejemplar,  
como palpita en el árbol,  
en la espiga y en el pan,  
para que en ellos aprendan  
otros niños tu verdad,  
esa verdad que tú hablaste  
en la lengua universal  
de la sangre y del martirio,  
que es la lengua más veraz:  
«Morir por amor al hombre  
no es morir, es perdurar,  
pues quien en amor se expresa  
lleva en sí la eternidad».

Dionisio, niño del día,  
luz de la luz inmortal,  
clave de todo milagro,  
flor de toda heroicidad:  
incorporada a la llama  
del pueblo tu llama está,  
y por eso nunca, nunca,  
nunca más se ha de apagar.





## INDICE

Pág.

### **Nuevos Romances de la Tierra Amarga**

Romance para un retorno .....	7
Romance para la muerte de Juan Montiel ...	11
Romance del niño solo .....	19
Romance para un camino .....	27
Romance para el velorio de Juan sin Tierra.	35

### **Romances Volanderos**

Romance de la luna roja .....	41
Romance de la moza zarca .....	47
Romance para la niña del viernes trece ....	51
Romance de Rosa Cruz .....	57

### **Romance de Dionisio Díaz**

I Razón del canto .....	69
II La familia .....	77
III La tragedia .....	91
IV El viaje .....	107
V Salutación final .....	119

14

*rro y Sol, Asfalto*, son obras que difunden la personalidad intransferible de este recio creador, en aquellos romances de extraordinarias calidades imaginativas o en la prosa palpitante de vida, donde los seres y las cosas conjugan su invulnerable fe en el destino de los hombres. Su presente libro *Raíz y Ala* (con Nuevos Romances de la *Tierra Amarga*) cumple el devenir superior que todo gran artista está llamado a realizar. La decantación del estilo, la sazón lograda de un rico manejo del Idioma, formalizan un fruto denso y a la vez diáfano en el que la poesía azuma, sencillamente, las savias vitales de su presencia estética.

Precio del ejemplar  
\$ 2.00  
moneda uruguaya.

---

EDICIONES CIUDADELA  
Reconquista 624 ☆ Montevideo



